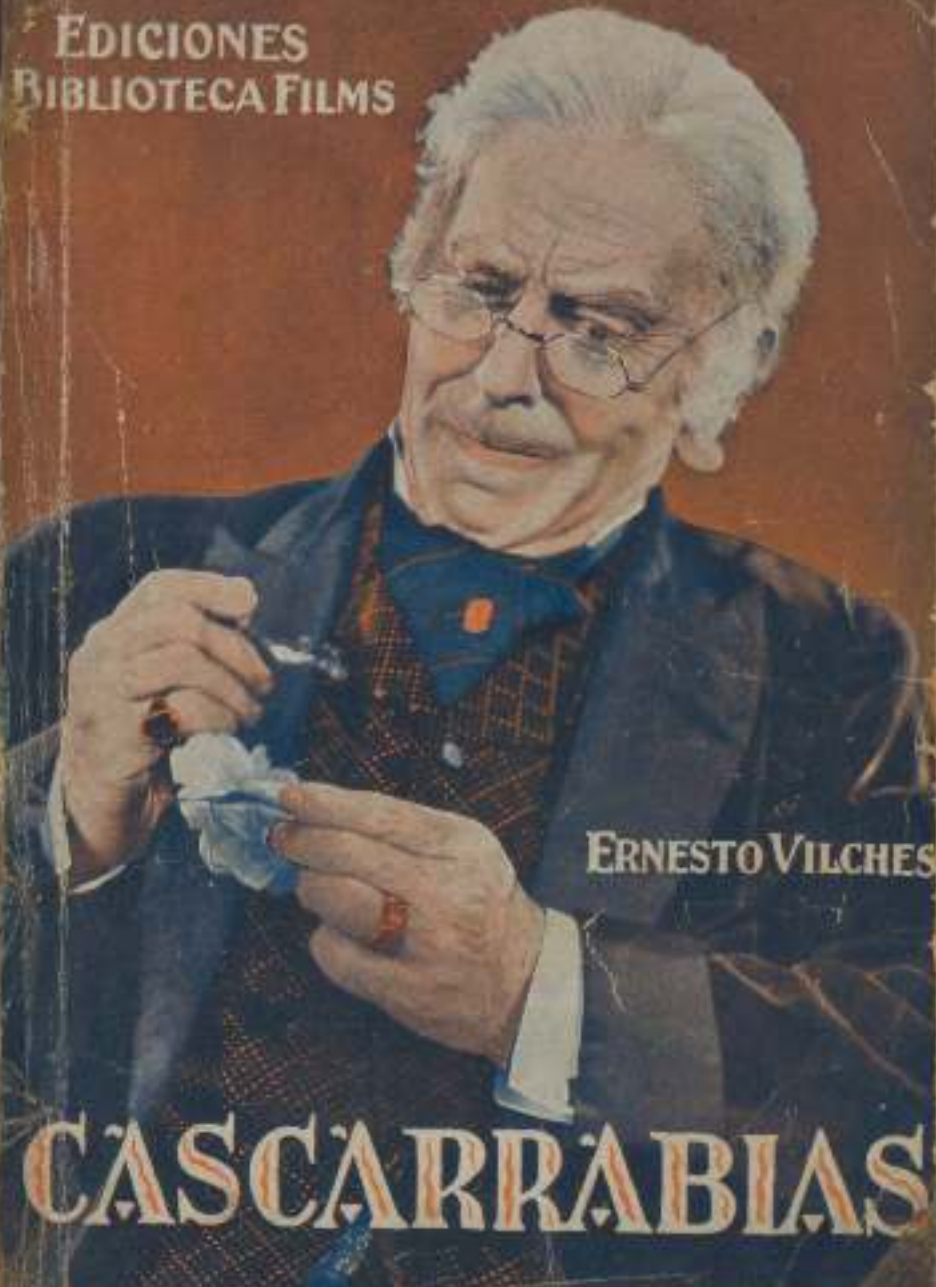


EDICIONES  
BIBLIOTECA FILMS



ERNESTO VILCHES

CASCARRABIAS

codu  
=P

seo

PRODUCCIÓN SONORA DE LA INVICTA MARCA  
=PARAMOUNT FILMS=



seo de Gracia, 91 - BARCELONA



---

---

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS  
VALENCIA, 234 - BARCELONA - APARTADO CORREOS 707

---

---

---

---

# Cascarrabias

Adaptación en forma de novela de la película  
del mismo título, interpretada por el  
eminentísimo actor

**ERNESTO VILCHES**

---

---

---

---

ADAPTACIÓN LITERARIA DE  
MANUEL NIETO GALÁN

PRINCIPALES INTERPRETES

Mister Sullivan . . .	ERNESTO VILCHES
Virginia . . . . .	Carmen Guerrero
Enrique Loder . . .	Barry Norton
Mister Jarvis . . . .	Romón Pardo

# CASCARRABIAS

---

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

---

## Mister Bullivant

A pesar de los años que hacía que se había retirado de su profesión, aún se comentaban en toda Inglaterra los éxitos rotundos obtenidos por el célebre criminalista Mister Bullivant. En su juventud habíase dedicado a esta difícilísima profesión y su astucia, unida a un talento extraordinario, aclaraban los hechos más misteriosos, después de haber fracasado en su tentativa cuantos colegas suyos intentaron esclarecer el asunto. Mister Bullivant, poseedor de esa flemma tan británica, jamás parecía interesarse por nada, y, sin embargo, el menor detalle, el más simple destello servíale de punto de partida para llegar a la meta de sus conclusiones y descubrir, valiéndose de la lógica, la mayoría de las veces, quien o quienes eran

los culpables del delito cuyo esclarecimiento le había sido encomendado.

Su fama como excelente criminalista, extendida rápidamente por todo el reino le creó una fama tal que en poco tiempo conquistó una considerable fortuna.

Pasaron los años, y viejo y achacoso ya se retiró a vivir en una finca que tenía en las inmediaciones de Londres en compañía de su nietecita Virginia, preciosa chiquilla, que con sus mimos y caricias había conseguido ganar el corazón del viejo, que en sus manos era una pequeña criatura sometida por completo a todos sus antojos y caprichos. En aquella muchacha había puesto el viejo Bullivant todas sus amores, era la niña de sus ojos y era la única persona que sabía suavizar el continuo mal genio del viejo. Bondadoso en extremo para cuantos le rodeaban, era, sin embargo, Mister Bullivant un carácter refunfuñón que protestaba por todo, hasta el punto de que sus íntimos le habían puesto el nombre de *Cascarrabias*.

Pero no era solamente el cariño de Virginia el único que se anidaba en el corazón del viejo, sino que este sentimiento era compartido por la adoración que sentía a su sobrino Enrique Loder, un muchacho listo, hasta perderse de vista, que se había criado junto a él, llamándole abuelo y el cual le había inspirado la idea de una posible unión con Virginia. Aquella boda sería el colmo de la felicidad del antiguo criminalista, sin que para los dos jóvenes fuera tampoco nada descabellada aquella idea. Pero Enrique se había marchado al Trans-



vaal, hacia ya algunos años, y desde hacia algún tiempo carecían de noticias del joven, a pesar de las referidas cartas que le había escrito Virginia.

Así las cosas, le fue presentado a la muchacha en una de las fiestas a la que asistió en Londres, un joven elegante y distinguido, quien procuró por todos los medios hacerse agradable a Virginia, hasta el punto de que ésta lo invitó a pasar unos días en su casa, ofrecimiento que el presentado, Mister Jarvis, se apresuró a aceptar.

El tal Mister Jarvis no fue sujeto de toda satisfacción de Mister Bullivant, pero las circunstancias habían obrado de tal forma, que se vió en el caso de aceptarlo como huésped, si bien sus asiduidades y constantes galanterías hacia su nieta molestaban más de lo corriente al viejo.

Llevaba ya Mister Jarvis algunos días en casa de Bullivant, cuando una mañana se hallaban los dos jóvenes pescando en un riachuelo que pasaba por la finca del criminalista. De pronto un pez picó en el anzuelo de Virginia y ésta gritó alegremente.

— ¡Ya está, ya está!... ¡Ya he pescado otro!

— En efecto — contestó Mister Jarvis ayudándola a extraer el pez —, es usted una pescadora afortunadísima.

— ¿Querrá usted decir que se pescar mejor que usted? — repuso riendo la joven.

— También lleva usted razón en eso. A mí esta clase de pesca no me gusta, mi especialidad consiste en otra diferente.

En aquel instante la muchacha resbaló y estuvo a punto de caer al agua. Mister Jarvis se apresuró a sostenerla, a la vez que le decía:

—¿Qué me da usted por haberle salvado la vida?

Y sin esperar la respuesta la tomó en sus brazos. Virginia al verse ellos quedó un momento pensativa, hasta que él volvió a preguntarle:

—¿Qué piensa usted al verse en mis brazos?

—Mi pensamiento está muy lejos de aquí—contestó con sinceridad Virginia—. Pienso en lo que diría si me viese así un joven que está muy lejos... Estoy segura que se moriría de celos... ¡Pero hace tanto tiempo que no sabemos de él! Se fué de empleado a una Compañía de diamantes en el Transvaal y todavía no ha vuelto.

—¿Tanto le interesa a usted ese joven?

—Bastante—respondió ella, sin ocultar el sincero sentimiento que experimentaba por el ausente.

Mister Jarvis, al tenerla en sus brazos y tan cerca de él, no pudo contener el deseo de besar aquella cara angelical y al hacerlo, la muchacha exclamó extrañada:

—¿Qué hace usted, Mister Jarvis.

—Empiezo a castigar a ese muchacho, que tan mal se porta con usted.

Ella volvió a dejar y los dos jóvenes se encaminaron hacia la casa, para cambiarse de ropa. Al despedirse, Mister Jarvis le recordó su promesa diciéndole:

—¿Recuerde que me ha ofrecido hacerme compañía esta noche, cenando conmigo?

—Lo prometido es deuda—terminó diciéndole Virginia.

Pasaron algunas horas, las suficientes para hacerse de noche, y Mister Bullivant, sentado en un cómodo sillón, llamaba impaciente a su viejo y fidelísimo criado Ruddock.

—¡Ruddock... Ruddock!... ¿Pero dónde estás, Ruddock?

—Aquí estoy, señor—respondió Ruddock a su izquierda.

—¡Claro está!—refunfuñó el viejo—. Te llamo por la derecha y tú tienes que estar a la izquierda. Siempre en el lado contrario... Bueno, yo te he llamado para algo, lo que es que ahora no me acuerdo... ¿Para qué te he llamado, Ruddock?

—No lo sé, señor—respondió sumisamente el criado.

—¿Tú nunca sabes nada, hombre!... ¡Lo extraordinario es que supieses algo!... ¡Ah, ya me acuerdo!... Te he llamado para que me des mis gafas!... ¿Dónde están mis gafas?

—El señor las tiene en la mano—respondió el criado mostrándoselas.

El viejo, al verse cogido en la trampa, protestó diciéndole:

—No era eso lo que te quería decir, hombre. Ya sé que tengo las gafas en la mano, pero ¿y mis zapatillas, dónde están mis zapatillas?... ¿A qué no sabes dónde están mis zapatillas?

Con la misma paciencia que siempre lo trataba, Ruddock le contestó:

—Si me lo permite el señor, le diré que las tiene puestas.

Aquello aumentó aún más el malhumor de Bullivant, que sin querer dar su brazo a torcer exclamó:

—Sí, pero las tengo cambiadas de pie... ¿Lo ves?

Ruddock se agachó pacientemente para colocarle las zapatillas y al primer intento Bullivant gritó:

—Pero, ¿qué haces, hombre...? ¿No ves que me estás haciendo cosquillas en la planta del pie?... ¡Oh, qué criados éstos!... ¡Ya estás viejo, inservible, hecho un carcamal!

Ruddock, ante la injustificada repulsa de su amo bajó la cara para ocultar el sentimiento que le producían aquellas palabras, tan inmerecidas, y Bullivant, al sospechar que se había molestado, lo acarició paternalmente, a la vez que le decía:

—¿Te has molestado?... ¡No te enfades!... ¡Si ya sabes que eres mi mejor amigo! Si todo lo hago por verte disgustado y ver esa cara de papamotas que pones...

Bastaron estas palabras para hacer sonreír al criado, que al levantarse se apoyó débilmente sobre un muelo del anciano que gritó de nuevo:

—¡Pero hombre!... ¿No tienes otro punto de apoyo, más que mi pierna?... ¿Dónde está la señorita Virginia?

—¿La señorita Virginia?

—Sí, hombre sí. La señorita Virginia, Ginny, mi nieta... ¿Dónde está?



—Esta noche cena con Mister Jarvis.

—Mister Jarvis, Mister Jarvis!... ¡Siempre ese Mister Jarvis!—exclamó el viejo, y llamando a su lado al criado, le dijo:

—Oye, ¿qué te parece a ti ese Mister Jarvis?

—Muy simpático, señor—respondió el criado.

—¿Simpático, Mister Jarvis?—preguntó indignado Mister Bullivant.

—Yo creí que al señor le había sido simpático.

—¿Qué me va a ser, hombre, qué me va a ser!... ¿Y su criado?... ¿Qué has pensado de su criado?

Ruddock antes de contestar meditó la respuesta, y Bullivant exclamó impaciente:

—Claro que no has pensado nada!... ¡Sería la primera vez en tu vida que pensases algo!

En aquel momento entró Virginia, y al ver a su abuelo de mal genio, se acercó a él y tomándole la cara le dijo mimosamente:

—No te enfades, abuelito, no te enfades!...

—Es que este Ruddock...

—Pero no te enfades, siempre has de ponerte así, ando, no te enfades...

—Bueno, pues, no me enfado—exclamó el viejo sonriendo, y mirando a su criado, como quien le demuestra que lleva la razón, le dijo:

—¿Lo ves, lo ves como no me enfado?

—Claro que tú no te enfadas nunca—terminó diciéndole su nieta, sin dejarlo de acariciar como si fuera un chiquillo. Todo el mal humor de Bullivant se disipó

instantáneamente, ante las caricias de su adorable nieta, y le preguntó:

—¿Dónde estabas?

—Con Mister Jarvis.

—¡Ah! ¿Con Mister Jarvis?—Y mirando por encima de las gafas para estudiar el efecto que hacían sus palabras en el ánimo de su nieta, le dijo intencionadamente:

—Es muy simpático ese Mister Jarvis, ¿verdad?

—Muy atento—replicó Virginia.

—No se parece al papanatas de tu primo, ¿verdad?... Enrique es un cualquier cosa.

Al oír el nombre del amado, Virginia no pudo contenerse y exclamó enfadada:

—¡Enrique, Enrique!... ¡No me hables de Enrique, no le quiero, es antipático, no escribe, nada dice ni nada sabemos de él.

Fué a sentarse lejos de su abuelo, mientras que éste le hacía una seña a Ruddock para que se acercase a él y le decía:

—No es verdad nada de lo que dice. Lo quiere más que nunca... Ya lo verás, ya lo verás.

Y mientras el abuelo sonreía socarronamente de aquel enfado de su nieta, ésta procuraba ocultar el malhumor que le causaba la frialdad de Enrique.

## UNA VISITA INESPERADA

En otro departamento de la casa, la pizpireta Susán, la doncella de Virginia, arreglaba la mesa, donde acababan de cenar su señorita y Mister Jarvis, cuando oyó que daban unos golpecitos de impaciencia en la puerta de cristales, que daba a la terraza. Salió a ver de qué se trataba y se encontró con Kibble, el criado de Mister Jarvis, que le dijo incomodado:

—Hace dos horas que estoy esperando que salgas. ¿Te crees que voy a estar toda la vida de centinela?

—¡Pobrecito!—exclamó Susán con fingida lástima.

—Pues te advierto—siguió diciéndole el criado—que no me importas nada.

—¿Ah, sí?—contestó la muchacha—. Pues creí que era verdad todas esas cosas que me habías dicho de tu amor.

Fué a contestarle el criado, pero, en aquel instante sonó el timbre de la puerta y Susán, cerrando las vidrieras, fué a abrir. Al ver al que llamaba no pudo contener una exclamación de alegría y gritó:

—¡Señorito Enrique!... ¿Usted por aquí?

—Yo por aquí, Susán—respondió el muchacho tomándola por las manos—. ¿Sabes que estás monísima?

—¡Y usted, qué cambiado está!

—Y eso que todavía no lo sabes del todo bien—siguió diciéndole él, a la vez que atruía hacia sí a la muchacha, que se zafó riendo de sus brazos.

—¿Y el abuelo?—preguntó el muchacho—. ¿Sigues tan Cascarrabias como siempre.

—Corregido y aumentado—contestó riendo la joven. Ahora que nosotros, ya sabe usted, que también le queremos corregido y aumentado.

Enrique se miraba en un espejo que había en el comedor, y al fin exclamó:

—La verdad es que no estoy muy presentable, así con este traje.

—Ya sé lo que le falta a usted—respondió ella—. Le falta una flor. Yo misma se la pondré en el ojal.

Cortó una gurdenia de una maceta que había en la habitación y se la entregó a Enrique, que al irsela a poner rompió el tallo e hizo exclamar a la muchacha:

—Se ha roto. Pero no importa, yo le pondré otra.

—No hace falta, Susán. Basta con que la atemos. ¿Tienes un hilo?

Susán se arrancó un cabello y se lo entregó diciéndole:

—¿Le sirve a usted esto?

—Magnífico, mucho mejor que nada. ¡Una hebra de cada de tus cabellos! Ahora tendrá más valor la gurdenia.



Toda esta escena había sido presenciada por Kebble, cuyos celos aumentaron al ver que Susán no sólo le ponía una flor en el ojal, sino que incluso se cortaba un cabello para atarla, pero ninguno de los dos se dió cuenta de la oculta presencia del criado de Mister Jarvis, y siguieron la conversación, mientras que Lawton, otro de los criados de la casa, iba en busca de Mister Bullivant, para decirle:

—Señor, ha llegado en este momento el señorito Enrique.

—¡El señorito Enrique!—exclamó el viejo—. ¿Qué habrá pasado? Porque cuando un muchacho como él vuelve a casa tan de improviso, nada bueno presagia su visita. A lo mejor es que lo habrán echado de la Compañía por inútil... No, si eso ya me lo esperaba yo... Ese muchacho es un chiquillo que no sirve para nada...

—¡Voy a verlo!—exclamó Virginia. Pero su abuelo la detuvo diciéndole:

—Nada de eso. ¿No decías que no querías saber nada de él?

—Sí, pero ahora se trata de que le habrá ocurrido algo y es preciso consolarlo.

—Mira, pequeña—le dijo cariñosamente el abuelo—, no te metas tú en estas cosas y déjame a mí hacer. ¿Dónde está Mister Jarvis?

—Se ha ido a su habitación a escribir unas cartas—respondió la joven.

—Bueno, pues, Mister Jarvis no está en su habitación escribiendo cartas, sino que tiene que estar contigo en

el jardín. Tú lo invitas y él no se negará a complacerte. ¿Me entiendes?

—Sí, ¿pero qué piensas hacer?

—Eso es lo que yo no sé todavía. Tú por lo pronto cumple lo que te he dicho y ya le ajustaremos las cuentas a ese papanatas. Levántame, Buddock.

El criado fué a hacerlo, pero lo cogió por debajo de los brazos, haciendo que su amo le gritara:

—Así no, hombre. ¿No ves que me haces cosquillas?

Por fin, después de varias tentativas, consiguió Buddock levantarlo, y como el mal humor experimentado le había hecho toser varias veces, el fiel servidor le dió unos golpecitos en la espalda para facilitarle la respiración, cosa que le hizo exclamar, todavía más enfurecido, a Mister Bullivant:

—¡Estate quieto, hombre! ¿Te crees que soy un caballo para que me pegues de esa manera?

Y ayudado por Buddock, se dirigió al fin donde estaba Enrique. Al verlo no pudo contener por más tiempo la alegría que inundaba su corazón y corriendo a él con los brazos abiertos, le gritó:

—¡Enrique, hijo mío!

—¡Abuelo!... ¡Abuelo mío!—gritó a su vez el muchacho corriendo a refugiarse en los brazos que le tendía el anciano.

—¡Vaya, hombre, vaya!—siguió diciendo Mister Bullivant—. ¿Pero cómo estás en Inglaterra?... ¿Cómo estás en Londres?

Antes de que Enrique tuviera tiempo de contestarle

Mister Bullivant, creyendo adivinar lo ocurrido, le preguntó:

—¿Te han echado de la Compañía, verdad?... No, si eso ya lo sabía ya.

—Nada de eso, abuelo, si no todo lo contrario. Pero tengo mucha hambre.

Mister Bullivant se volvió hacia donde estaba Lavtson y le dijo:

—¿Ha oído usted? El señorito Enrique tiene hambre. ¿Lo ha oído?

—Sí, señor—respondió el criado.

—¡Sí, señor, pero no hace usted nada!—exclamó Bullivant—. ¡Oye usted que el señorito tiene hambre y se está ahí quieto como un marmote!

El criado fué a salir para dar la orden de que sirvieran de comer a Enrique, pero antes de llegar a la puerta volvió a llamarlo su amo y le preguntó.

—¿Quién se encarga de la chimenea de mi cuarto? Hace un humo que no se puede resistir.

—Es Jim—respondió el criado.

—Bueno, pues, dígame a Jim que venga.

Y mientras el criado salió, Bullivant intentó explicarle a su sobrino lo de la chimenea, diciéndole:

—La chimenea de mi cuarto, ¿sabes? Hace un humo irresistible. No tengo un criado que sirva para nada, para nada.

Mientras hablaba se sentó en un sillón y Enrique a su lado aguardaba a que se serenase, convenciéndose de que lo que le había dicho Susán era la pura verdad.

El carácter de Mister Bullivant no había cambiado, era el mismo.

Entró Jim para recibir orden de su señor y el viejo criminalista, al verlo a su lado, le preguntó extrañado:

—¿Qué quiere usted?

—El señor me ha llamado.

—¿Qué yo lo he llamado a usted?... Vamos, hombre, usted está loco. Oye, Enrique, ¿pues no dice que yo le he llamado... ¿Yo qué he de llamarlo, hombre de Dios!

Enrique se acercó a su abuelo y le dijo:

—La chimenea.

—¿Ah, sí— exclamó recordando— ¿Por qué está tan sucia la chimenea de mi cuarto?

Mientras Bullivant y el cristo hablaban de lo de la chimenea, Enrique, para hacer rabiar a su abuelo, se puso a vaciar su pipa en la chimenea del comedor. Bullivant que lo vió corrió hacia él exclamando:

—¿Pero qué porquería estás haciendo ahí?

Y él mismo cogió la escobilla y barrió la ceniza que había dejado Enrique. Luego volvió a sentarse y le dijo:

—Bueno, buena, cuéntame, hombre, cuéntame. ¿Dices que te han echado de la Compañía?

No, señor—respondió Enrique, mirando misteriosamente a todas partes, hasta que Bullivant le dijo:

—¿Pero qué te pasa, que miras con tanto recelo?

—Es que a veces las paredes hablan, abuelo?

Se acercó aún más al viejo y empezó diciéndole:



—¿Usted ha oído hablar del famoso diamante Lawson?

—Si he leído algo en los periódicos. Creo que es una cosa admirable. Que vale... noventa mil libras.

—En efecto.

—Y que ahora lo conducen a Londres, custodiado por una camarilla de policías.

—Sí, señor. Pero además tiene usted que saber que de estas piedras de valor suele haber siempre una imitación exacta, y que la que es conducida por la policía es precisamente...

—La buena—terminó diciendo Bullivant.

—No, señor, la que conduce la policía es la falsa.

—¿Y la legítima?—preguntó extrañado su abuelo.

—La Compañía coge al empleado más inútil, le entrega el diamante bueno y le confía la difícil misión de conducirlo a Londres, y después en recompensa de su servicio le aumenta el sueldo y le concede un mes de vacaciones...

—¿Y tú has sido el encargado de esa misión?—preguntó Bullivant casi sin poder contener su gozo y mirando con orgullo al muchacho.

—Yo mismo, el empleado más inútil de la Compañía.

—Pues mira, me habías engañado, te lo confieso, me habías engañado. Quien iba a creer, con esa cara de papanatas...

—¿Que iba a engañar al criminalista más célebre de Inglaterra, verdad?—exclamó riendo Enrique.

—Bueno. ¿Y el diamante?—preguntó algo amoscado Bullivant, no fuera a ser todo aquello una broma.

—Aquí está, lo llevo conmigo—respondió el joven.

—¿Y por qué no lo has entregado en la oficina?

—Porque al llegar a Southampton me encontré con un telegrama de mi jefe, que me decía, que puesto que llegaba demasiado tarde, dejase la entrega para mañana. En vez de quedarme en una fonda en Londres, me vine aquí, creyendo que estaría más seguro. ¿Hice mal?

—Has hecho muy bien—exclamó su abuelo—. Yo te digo que has hecho muy bien.

—¿Y Virginia?—preguntó de pronto Enrique.

—Ginny... pues está en el jardín con Mister Jarvis—respondió Bullivant, observando detenidamente al muchacha—. Siempre está con Mister Jarvis. Un muchacho muy simpático. A mí me parece muy simpático y a Virginia parece que también. Ya lo conocerás.

—¿Pero quién es ese Mister Jarvis?—preguntó escamado Enrique.

—Ni yo mismo sé quién es. Se lo presentaron a Virginia en Londres un amigo nuestro y él se ha dado tanta maña para estar al lado de Virginia, que no hemos tenido más remedio que invitarlo.

—Pero... ¿usted le habrá dicho a Virginia que ha de casarse conmigo?

—¿Se lo has dicho tú acaso?—le preguntó Bullivant.

Enrique, que se había puesto a mirar distraídamente hacia el jardín, vió a los dos jóvenes en el preciso mo-

mento que ella le colocaba una gardenia en el ojal y le decía:

—Aquí tiene usted el premio por haberme salvado la vida esta mañana.

Mas Mister Jarvis, zorro viejo en esta clase de juegos, comprendió de lo que se trataba y respondió:

—No me basta, Virginia. ¿Qué significa una gardenia en el ojal, cuando de sobras sé que usted me ha llamado al jardín, se ha mostrado condescendiente como nunca y me ofrece esta flor, tan sólo porque en este momento ha llegado alguien de fuera y quiere usted que nos vea así, juntos, cuanto más juntos mejor.

Claro está que estas palabras no podía oírlas Enrique, pero veía lo que pasaba y sentía unos celos horribles de aquel hombre. Para distraerse pensó gastarle una broma a su abuelo y apoyándose disimuladamente sobre un sifón que había en la mesa roció los pies del viejo, que empezó a gritar:

—¡Vete, vete de aquí!... ¿Has venido para apurarme la paciencia?

Enrique, sin tomar en cuenta las palabras de Mister Bullivant, trató de calmarlo diciéndole:

—No se enfade, abuelo. Quise gastarle una broma, para verlo enfadado, lo mismo que cuando yo era pequeño y lo hacía rabiar y usted me daba unos cuantos azotes... ¿Se acuerda?

El recuerdo de otros tiempos trajo a la memoria de Bullivant la evocación de otros seres tan queridos para

él y sensiblemente conmovido le dijo con la voz velada por la emoción:

—¡Otros tiempos!... ¿Cuándo tú eras chiquillo?

Todo su mal humor había pasado como por encanto y otra vez el cariño paternal que sentía por aquel ser volvió a su corazón. Pero al acordarse que había querido molestarle se sintió nuevamente el Cascarrabias de siempre y le dio una bofetada. Enrique, que no esperaba aquello, adoptó un aire de ofendido y Bullivant corrió a sus brazos diciéndole:

—¡Perdóname, Enrique!... ¡Perdóname!

Enrique comprendió todo y se echó a reír y entonces su abuelo, para recalcar más aún su cariño, continuó diciéndole:

—No, creas que me arrepiento, no. Lo he hecho, como tú, para molestarte...

Salieron a la habitación contigua en el momento que entraban Mister Jarvis y Virginia. Esta corrió al encuentro de su primo, diciéndole:

—¡Enrique!... ¡Qué cambiado estás!

—¡Virginia!—exclamó a su vez el joven, estrechando las manos de Virginia y fijándose en la extraordinaria belleza de la muchacha.

Mister Bullivant creyó llegado el momento de las presentaciones y presentó a su sobrino diciendo:

—Enrique Loder, mi sobrino, que acaba de llegar del Transvaal... Mister Jarvis, que para unos días con nosotros.



—¿Por muchos días, Mister Loder?—preguntó Jarvis.

—Hasta mañana al mediodía, que tengo que ir a Londres.

—Si quiere usted puedo yo llevarlo por la mañana a la capital en mi coche.

—Muchas gracias, pero encontraría cerradas las oficinas y no tengo que hacer nada allí.

Virginia, al ver que se sentaba su abuelo, tomó un cojín e intentó colocarlo en la espalda de Mister Bullivant. De todas las cosas la que más horror le causaba al viejo era el tener que soportar aquel cojín y al ver que su nieta intentaba colocarlo se arrebujó en el sillón, como quien pide misericordia.

—Sí, abuelito—exclamó la muchacha—. De esa forma estarás más cómodo.

—Pero si estoy bien, muy bien, hijita.

—No, abuelito, no... Anda, no sea así, ~~póngame~~ <sup>póngame</sup> el cojín. Estará más cómodo.

—¿Tú crees que estará más cómodo?

—Ya lo creo que lo estará.

—Bueno, entonces pómelo. Si tú lo crees, yo también.

Le colocó el cojín y la joven tomó otro, que hizo expresar un nuevo signo de terror a Bullivant. Virginia se echó a reír y arrojó el cojín a los pies de su abuelo para sentarse en él y acariciar al anciano.

Mister Bullivant miró a Mister Jarvis y le dijo:

—Usted se reirá de la pareja tan original que formamos, verdad?

—Una pareja encantadora.

Bullivant sacó el reloj y se lo entregó a su nieta diciéndole.

—Anda, es la hora.

—Siempre le da cuerda al reloj?—preguntó Mister Jarvis.

—Siempre—contestó Mister Bullivant—. Hacen nueve años que todas las noches, a la misma hora, le da ella cuerda, ¿verdad, Ginny?

—Verdad, abuelito—respondió la joven, dándole cuerda.

—La primera vez que le dió cuerda—siguió diciendo el viejo criminalista—, fué la noche que murió su madre. Ella era muy niña y lloraba. Yo para consolarla la dejé que se entretuviera dándole cuerda, y desde aquella noche, todas las demás a la misma hora, es ella la que se la da... ¡Y lo hace maravillosamente!

—Seguramente, que no lo habrá roto nunca!—exclamó galantemente Mister Jarvis.

—Ah, eso no, nunca lo ha roto... más que unas diez o doce veces—exclamó diciendo Mister Bullivant. Y mirando a su nieta le dijo: —¡Ves como ha caído, ha caído... Ya verás, ya verás cómo hacemos caer a otro... ya verás... ya verás...

Y diciendo esto empezó a quedarse dormido. Pero aquella noche no quería dormir. Quería estar más tiempo al lado de los dos jóvenes, de los únicos seres a quie-

nes amaba tanto como a su propia vida. Virginia se dió cuenta de los esfuerzos que hacía y le dijo cariñosamente:

—Duerme, abuelito, duérmete. A nosotros no nos molestan tus ronquidos.

—¿Que yo ronco, que yo ronco?—exclamó enfadado Mister Bullivant—. ¡Qué manía en llamar ronquidos a lo que solamente es asma catarral..

En aquel instante entró Ruddock y Virginia levantándose de donde estaba le dijo:

—¿Hora de acostarse, Ruddock?

—Sí, señorita. El señor ya debía haberlo hecho.

Llamó débilmente a Mister Bullivant, que había vuelto a quedarse dormido y éste se despertó refunfuñando y diciéndole:

—¿Qué quieres?

—Es la hora de acostarse, señor.

—¿Ya es la hora?... ¿Ya?

—Sí, abuelito—le dijo Virginia—. Ya debes acostarte.

Abraxó de nuevo a su sobrino y le dijo:

—Adiós, hijo mío.

—Buenas noches, abuelo.

—Buenas noches, no—exclamó dolorosamente Mister Bullivant—. No me gusta decir «buenas noches»... Es un día que se va, un día menos que se vive y yo ya tengo muy pocos en mi haber.

Volvió a adquirir de nuevo su aire jovial y se despidió de su nieta diciéndole:

—Buenas noches, Virginia.

Pero en el instante se volvió hacia Enrique y le dijo:

—Vea, ya me has hecho decir a mí también buenas noches y no lo quería decir.

Ruddock se acercó a él para acompañarlo hasta el dormitorio y Mister Bullivant le dijo:

—Oye, qué le pasa a la chimenea de mi cuarto que echa tanto humo?

—Es extraño, señor—respondió el criado—. Hace poco tiempo que la limpiaron.

—Entonces ya sé que es—exclamó Bullivant—. Eso es que las cigüeñas han hecho nido en la chimenea.

—Así será, señor.

—Pero, hombre, ¿por qué dejáis que hagan las cigüeñas nidos en mi chimenea?—exclamó extrañado Mister Bullivant. Y dirigiéndose a Mister Jarvis, le dijo:

Mister Jarvis, sería usted tan amable que me cediese su brazo para acompañarme a mi dormitorio. Son estos criados tan viejos que no me fio de ninguno de ellos...

—Con mucho gusto, Mister Bullivant—contestó Mister Jarvis.

Y despidiéndose de todos se fué escaleras arriba, acompañado de Mister Jarvis.

No había sido un capricho cualquiera del viejo el de llevarse consigo a Mister Jarvis, sino una estratagema suya para poder dejar a solas a los dos jóvenes y que se

dijeran todas aquellas cosas que él pensaba habían de decirse.

Antes de separarse definitivamente de ellas, volvió el viejo Cascarrabias a donde estaba su nieta y le preguntó cariñosamente:

—¿Subirás a darme un beso, luego, hija mía?

—Sí, abuelito—respondió ella—. ¿No sé por qué hoy iba a dejarlo de hacer?

—¿Quién sabe?—exclamó sonriendo el criminalista.

—Hablarás de tantas cosas que a lo mejor te olvidas que yo te espero.

Ella sonrió, comprendiendo algo de lo que le quería decir su abuelo, y preguntó a su vez:

—¿Qué crees que tengo que hablar?

—Yo no sé nada—replicó él—, pero como Enrique viene del Transvaal y allí ocurren tantas cosas, quizá te las quiera referir en una sola noche... Además, hace tanto tiempo que falta de la casa.

—Me parece—exclamó algo malhumorada la chica—que Enrique me ha dicho ya todo lo que tiene que decirme, ya sabes que no me interesa.

El, hablando siempre en voz baja para que nadie se enterase, y aprovechando la ocasión de que Enrique y Mister Jarvis habían entablado un pequeño diálogo, volvió a insinuar:

—Yo, no obstante tu parecer, estoy seguro que él quiere decirte algo muy interesante... Hasta estoy por asegurar que ese ha sido el principal objeto de su viaje.



—¿De verdad, abuelito?—preguntó ella alegremente.

—Mira, mira, cómo te alegras ahora. ¿No decías que era un antipático? Pues yo se lo voy a decir... Le diré que el único que es galaate aquí es Mister Jarvis y que él es un antipático que para nada hace falta que viniese de nuevo.

—No, abuelito—exclamó ella casi suplicándole—. Tú no le digas nada, se podría enfadar... es mucho mejor que yo se lo diga. Así le regañaré y me hará caso, para que otra vez no nos tenga sin noticias tuyas tantas veces...

—Me parece bien la idea—exclamó finalmente Mister Bullivant—. Hazlo, hazlo, y si es preciso enfádate con él.

Tomó nuevamente el brazo de Mister Jarvis y subió definitivamente a su cuarto, diciéndole:

—¿Ha visto usted que les he regañado por lo de la chimenea—... Pues como si nada. Estoy seguro que seguirá igual... ¡Ay, Mister Jarvis!... No llegue usted a viejo... Es lo peor que puede hacer en su vida.

Al quedar solos los muchachos, Enrique empezó la conversación diciéndole:

—¿Parece que el abuelo conserva su «buen humor»?

—Ya sabes que siempre ha sido así... ¡Pero es tan bueno!... ¡Yo creo que no hay ningún hombre en el mundo tan bueno como él!

—¿Ni siquiera que se le acerque un poco, aunque sea muy poco, muy poco?—preguntó intencionadamente él.

—Un poco, y siendo tan poco como dices... yo creo que sí—respondió ella.

—¿A que adivino quién es ese hombre?—preguntó Enrique, a quien los celos no le dejaban tranquilo...

—¿Quién?—exclamó ella.

—Mister Jarvis—contestó Enrique.

En el semblante de la joven se dibujó una expresión de disgusto y Enrique exclamó:

—¿No es Mister Jarvis?... Pues yo estaba seguro de que a ti te lo parecía...

—No sé en qué fundabas tu convencimiento—respondió ella.

—En que esta noche os he visto muy amigos... Hasta me pareció que le colocabas una flor en el ojal.

—Es que le pagaba una deuda—le confesó la muchacha ingenuamente.

—¿Una deuda?... ¿De qué?

—De haberme salvado la vida.

—¿Mister Jarvis te ha salvado la vida?... ¿Y cómo no me ha dicho nada el abuelo?

—Porque él tampoco lo sabe. Fue esta mañana cuando pescábamos.

Y la muchacha, con ese ingenuidad propia que ella sabía poner a todos sus actos, le refirió la escena del río.

Enrique no pudo menos que echarse a reír de la ocurrencia de su prima y ella le preguntó disgustada:

—¿Te ríes de que pudiera haberme ahogado?

—No, Virginia. Me río de que me parece que no co-

rrías ningún peligro. ¿No podrias decirnos cómo conociste a Mister Jarvis.

—Fué en Londres— empezó diciendo ella—. Asisti a una fiesta que daban los Darwin y allí estaba Mister Jarvis. Después de que me lo presentaron estuvo muy amable conmigo. Durante toda la tarde se dedicó a bailar conmigo y me ofreció venir a buscarme al día siguiente para dar un paseo.

Durante varios días me acompañó a todas partes, al Ritz, a la hora del té, al teatro, en fin, su obsequiosidad tenía que pagarla de alguna manera y tuve más remedio que invitarlo a que pasara una temporada con nosotros.

—¿Crees que hice mal?

—Al contrario—respondió algo disgustado Enrique.—Cumpliste con todas las reglas de la etiqueta. Sin embargo...

—¿Sin embargo, qué?—inquirió ella, mirándolo fijamente.

—Me parece que ese Mister Jarvis es demasiado galante, para conocerte de tan poco tiempo.

—¿Crees acaso que no me merezco yo esa galantería?—preguntó haciendo un mohín delicioso de disgusto Virginia.

—Tú te lo mereces todo—le contestó él—. Eres bonita (Virginia sonrió), eres joven, lagenna, simpática, agradable... tienes todos los atractivos que puede desear un hombre que piense casarse...



—¿Y tú no piensas casarte?— exclamó ella interrumpiéndole.

—Claro que sí. ¿Crees acaso que me voy a dedicar a monje?

—¿Y cuándo te vas a casar?— insistió ella.

—Eso es lo que todavía no he pensado del todo, pero ten la seguridad de que me casaré... y me casaré con la mujer que yo quiero...

—¿No podrías decirme cuál es esa mujer?— insistió ella cada vez más interesada.

—Espera— le dijo él, al ver aparecer un criado—. Mientras ceno te lo diré. ¿Quieres hacerme compañía?...

—Con mucho gusto. Precisamente me he quedado para eso.

—Pues, vamos.

Un criado entró a anunciar que la cena del señorito Enrique estaba servida y Virginia le acompañó a la mesa.

—¿Por qué haces eso con ese pobre Mister Jarvis, Virginia?— empezó diciéndole Enrique.

—No comprendo lo que quieres decir— respondió Virginia.

—Digo, que por qué le das esperanzas a ese Mister Jarvis? Ya sabes que tenemos que casarnos.

—Lo sabrás tú— exclamó la joven—. Yo empiezo por ignorarlo. ¿Acaso me has dicho alguna vez algo?

—No, tienes razón— le respondió Enrique—. Pero el caso es que tampoco puedo decírtela hasta mañana a las cuatro y cuarto.

—¿Y qué me dirás a las cuatro y cuarto?—le preguntó Virginia, que estaba deseando oír aquella declaración.

—Entonces te diré todas esas cursilerías que suelen decir los enamorados.

—¿Y qué cursilerías son las que piensas decirme, mañana, a las cuatro y cuarto?

—Te diré, que eres muy bonita y que no te he dicho antes eso porque esperaba tener algo que ofrecerte. Te diré que me fui al Transval solamente para eso y que durante mis horas de trabajo, sufriendo la inclemencia del calor y el fuego de la fiebre pensaba en una mujercita de Londres... en una mujercita que lo era todo para mí... Pero ahora no te digo nada... Ya te lo diré mañana a las cuatro...

—...Y cuarto—terminó de decir Virginia, molestanda por aquella testarudez de su primo—. Tal vez mañana, a las cuatro y cuarto, no puedas decir a esa mujercita de Londres que te fuiste por ella al Transval, que te quemaba el sol y que te ahogabas de fiebre.

Y llevada por su mismo malhumor se levantó de la mesa para dirigirse a su cuarto. Enrique intentó detenerla, diciéndole:

—¡Virginia!... ¡Oyeme... por favor!... ¡Virginia!

Pero la joven, sin hacer caso siguió hacia su cuarto, hasta que uno y otro quedaron sorprendidos al ver bajar por las escaleras a Mister Bullivant.

—¡Abuelito!—exclamó Virginia—. ¿Cómo estás levantado todavía?



-Yo regreso a la prisión en el 41.



-¿Ha oído usted hablar del famoso diamante Lawton?



-Dime, mija, me habías engañado.



- Ahí tiene usted el premio.



-Grazie, m'è tanto, molto.



-Mi suplico: v'è tanto ho bisogno





- Me lo han robado, ¿verdad?



- Lo tomaré cuando seque la garganta.

—No te importe eso, querida—respondió el abuelo—. Vete tú a dormir.

La muchacha se resistía a irse, teniendo en cuenta que todavía no había hecho las paces con su primo, pero su abuelo siguió repitiéndole el mismo deseo y tuvo que obedecer, aunque de mala gana.

Cuando quedó solo con Enrique, le dijo:

—Oye, Enrique, ¿dónde tienes el diamante?

—Aquí—respondió el muchacho.

—Dámelo y lo guardaremos en la Caja.

—Nada de eso, abuelo. Si alguien quisiera robarlo, donde primeramente se dirigiría sería a la Caja, pero no a mi bolsillo...

—¿Y dices que lo tienes aquí?

—Mírcelo—respondió Enrique.

Mister Bullivant al ver el diamante en bruto se tranquilizó y le dijo:

—¿Y esto es el diamante que vale tanto?

—El mismo.

—¡Pobre Enrique!... La Compañía te ha gastado una broma. Esto es un pedrusco... ¡Digo, si como éste yo encuentro a puñados en la playa!...

—Duerma tranquilo, abuelo, y no se preocupe de nada más.

—Claro que dormiré tranquilo, pues no faltaba otra

cosa... Decir que eso vale noventa mil libras... ¡Un pedrusco sin valor alguno!... Ya lo creo que dormiré tranquilo.

Y completamente seguro de que su sobrino no tenía por qué temer, subió de nuevo a su cuarto, mientras que Enrique entraba en el comedor para terminar de cenar.



## LA DESAPARICION DEL DIAMANTE LAWSON

Cuando terminó entró de nuevo Susán, para quitar la mesa, y Enrique se despidió de ella, diciéndole:

—Adiós, Susán, y acuérdate de que no abandonaré tu flor, pero quiero darte una recompensa.

—¿Sí, señorito Enrique?... ¿Cuál?

—Un beso—respondió riendo Enrique. Pero antes que pudiera realizar su deseo, ya la muchacha había desaparecido. Enrique cerró la puerta por la que había salido la doncella y al volverse vió una sombra que se ocultaba tras la vidriera de la terraza. Corrió inmediatamente a abrirla, para cerciorarse de qué se trataba, más al salir ya había desaparecido el misterioso personaje. Volvió a entrar, cerró las vidrieras y de pronto alguien apagó la luz, a la vez que un hombre se arrojaba sobre él. Lucharon breves momentos. Enrique sintió que le daban un golpe en la frente y cayó sin sentido sobre la alfombra.

Al ruido producido por los cacharros que habían ti-

rado en la lucha acudieron varios criados y solamente pudieron ver tendido en el suelo a Enrique. Ruddock dió orden de que nada dijeran al señor, y poco después se presentó Mister Jarvis, diciendo:

—¿Qué sucede? Desde mi cuarto he oído un gran ruido.

—Muy herido al señorito Enrique—respondió Ruddock, asombrado—. Le hemos transportado a su habitación y yo mismo le he desnudado, sin querer llamar al señor, para no asustarle.

—Ha hecho bien—le dijo Mister Jarvis—. No es necesario despertarlo. Yo me quedaré velando al señorito Enrique.

A la mañana siguiente, como es natural, fué avisado Mister Bullivant, de lo que había ocurrido, y lo primero que hizo fué llamar a Ruddock y preguntarle:

—¿Quién desnudó al señorito Enrique, anoche?

—Yo mismo, señor—respondió el criado.

—¿Y era éste precisamente el traje que llevaba el señorito?

—El mismo.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor—insistió Ruddock.

Mister Bullivant, mientras hablaba registraba por cuarta o quinta vez los bolsillos de la ropa de su sobrino, y se convencía de que el famoso diamante había desaparecido. La confianza que tenía con su criado no

era, sin embargo, suficiente para decirle de lo que se trataba y solamente le preguntó:

—¿Y no han encontrado nada al lado del señorito?

—Nada, señor—respondió el criado—. Solamente hemos recogido esta gardenia que el señorito tenía fuertemente agarrada en una mano.

—¿Ves lo que ha pasado por no llamarme?—exclamó Bullivant—. Creías que estaba dormido, ¿verdad?... Pues te equivocas, no he dormido en toda la noche; qué iba a dormir, hombre, qué iba a dormir...

Recogió la gardenia que le entregó Ruddock y la encerró en una cajita. Aquello podía ser indicio para descubrir al autor y un arma preciosa para acusarle. Hecho esto se encaró con Ruddock y le preguntó:

—¿Qué hacemos, Ruddock?

—Eso digo, señor, ¿qué hacemos?

—¿Tú que piensas de todo esto?

—Yo... la verdad, no he pensado nada—respondió el criado.

—Ya me extrañaba a mí que tú fueras capaz de pensar algo.

Se presentó entonces Virginia y al ver la cajita que tenía su abuelo en la mano, exclamó:

—¡A ver, a ver, abuelito! ... ¡Qué cajita es esa!

—Estáte quieta y déjala! —le contestó su abuelo quitándose, cuando ya era casi suya.

Virginia no comprendió cómo su abuelo se la negaba, y exclamó:

—Si no la quiero... ¿Crees que la quiero?... Pues no, no la quiero.

El doctor, que venía del cuarto de Enrique, entró para despedirse de Mister Bullivant, y Virginia le preguntó, en cuanto lo vió:

—¿Está mejor?... ¿Puedo entrar a verlo ya?

—Está mejor, pero es necesario que tenga mucho reposo. La herida no tiene importancia, pero le recomiendo que tenga reposo.

—¿Cómo dice?—preguntó Mister Bullivant, indicándole que se acercara más.

El doctor le habló cerca de oído y le dijo más fuerte:

—¡Que necesita mucho reposo...!

Mister Bullivant al sentir que le soplaban en el oído, se volvió rápidamente hacia el galeno, diciéndole:

—¿Se ha creído usted que soy sordo, para gritarme de esa forma?

—Perdone usted—se excusó el doctor retirándose, al mismo tiempo que Virginia iba al cuarto de su primo.

## LAS CONSECUENCIAS DE UN JUEGO

Al entrar y ver a Enrique vendado se arrojó sobre el lecho, exclamando:

—Enrique, ¡Si supieras cuánto he sufrido, hasta que me han dejado entrar a verte!

—¿Y el abuelo, Virginia?—preguntó el joven—. ¿Cómo no viene el abuelo?

—Ahora vendrá—le respondió la joven—. Pero tú no te alteres, no te preocupes. Lo principal es que te encuentres bien.

—Pero es que yo tengo que ver al abuelo. El sabe que tengo que verlo, que tiene que venir.

—Y vendrá—exclamó la joven algo molesta, por creer que no interesaba a su primo—. Tú debes de no alterarte. Así lo ha dicho el médico.

—Es que mientras que no venga el abuelo, yo no podré estar tranquilo... ¡Si tú supieras, Virginia!... ¡Si tú supieras lo qué me pasa!

—Si no me lo cuentas, cómo quieres que lo sepa Enrique, en un momento de debilidad, estuvo a pun-



to de confesarle toda la verdad, pero se arrepintió inmediatamente y exclamó:

—No puede, Virginia, no puede saberlo... Además, ¿podrías tú acaso remediarlo?

—Tan poca confianza tienes en mí?—preguntó molestanda la muchacha—. Bien se ve que no sabes corresponderme con el mismo cariño que yo te tengo.

—No seas así, Virginia—respondió él—. Es un asunto del que tú no puedes enterarte ahora... Quizá más tarde te lo pueda decir todo...

—Sí, ya lo sé—exclamó Virginia—. ¡A las cuatro y cuarto! ¿Verdad?

—No se trata de eso, se trata de...

—¿De qué... de qué?—exclamó la muchacha con esa curiosidad propia de la juventud y mucho más aún de la juventud enamorada, que se cree que va a penetrar en un secreto del hombre amado.

—De nada—le dijo su primo—; ya te he dicho que no te lo puedo decir. Me haces daño con tus preguntas... con tus dudas...

La muchacha comprendió que no era aquel el momento de exigirle una explicación que él se obstinaba en no dar y cambiando el tono de voz por otro más amistoso le dijo:

—Bueno, no me digas nada, no quiero saber, pero ten paciencia y no te alteres... ¡Fíjate que podría ocurrirte algo peor... ¿Pero, tú no sabes quién pudo herirte?

—Si lo supiera... ¿Crees que estaría aquí?... Por eso es preciso que vea al abuelo.

—¿Lo sabe él?—preguntó la muchacha—. Yo he estado con él hasta ahora y nada me ha dicho... A lo mejor los dos me guardáis el secreto...

—No, Virginia. No creo que él lo sepa... pero es el único que puede averiguarlo...

—Además, no veo esa necesidad de conocer al agresor... Afortunadamente el médico dice que estás fuera de peligro, que con una poca tranquilidad y quietud recobrarás pronto la salud... ¿A qué entonces ese empeño en descubrir al agresor?

—Porque es preciso... ¡Es necesario!

—¿También hay en eso otro misterio?—preguntó algo escamada la muchacha.

—En nada hay misterio... Lo que hay es que todo esto es un asunto demasiado grave que tú no puedes comprender...

—¿Ah, sí?—replicó ella barfonamente—. ¡No creí que fueras tú tan listo y yo tan torpe!... ¿Sabes una cosa?... ¡Que ya me voy cansando de tanto misterio!

Pero Enrique no podía atender las quejas de su prima. Durante toda la noche había podido dormir. Al volver en sí lo primero que hizo fué pedir su ropa. Rudbeck se la entregó y buscó afanosamente el diamante. Nada, la piedra había desaparecido y se convenció entonces de que el motivo de la agresión había sido, sin duda, el robo. ¡Si él hubiera seguido los consejos de su abuelo, nada le habría ocurrido, o por lo menos el día-

mante estaría ahora en la Caja, esperando ser entregado en las oficinas... Y aquella situación le era cada vez más dolorosa, puesto que ninguna sospecha podía recaer sobre persona determinada. Los criados de la casa eran antiguos servidores que en más de una ocasión habían dado muestras de fidelidad y cariño a sus amos, pensar que pudiera ser alguno de ellos era una idea descabellada. ¿Y si no era uno de estos, quién podía ser? Cabía sospechar de Mister Jarvis y su criada, las dos únicas personas extrañas, más aquella idea quedó prontamente desechada de la mente de Enrique, al ver la solicitud con que se había ofrecido el huésped a permanecer al lado de su lecho durante toda la noche.

Espero impaciente la llegada del nuevo día, sin decirle a nadie lo que le había ocurrido, pensando que solamente su abuelo sería capaz de poner en claro aquel asunto. Se veía deshonrado, o por lo menos puesta en duda su honorabilidad, la confianza que había merecido de sus jefes durante los años de intenso trabajo y calamidades desaparecería inmediatamente y sus anhelos amorosos caerían por tierra como un frágil castillo de papel derribado por un suave soplo. A veces estuvo a punto de saltar del lecho y correr en busca de su abuelo, para contarle lo sucedido, pero la recomendación de Ruddock, que le dijo que al señor le era perjudicial el despertarlo le retuvo en el lecho aquellas horas, que para el pobre muchacho le parecieron siglos interminables.

Y por si todo esto era poco, por si no tenia bastante con sus cavilaciones, venia ahora aquella chiquilla a atormentarlo aún más con sus dudas y sus caprichos, obligándole a decir una cosa que era un secreto para todos, menos para el abuelo. Pero no, sabria resistir hasta el último momento y no se dejaría llevar por los impulsos de su corazón.

Tomó suavemente una mano de Virginia y le dijo.

—Mira, Virginia, no es ningún misterio lo que me pasa, pero ya te he dicho que es un asunto muy grave en el que para nada interviene el corazón.

—Yo no lo creo—respondió la muchacha—. No creo que haya en el mundo ningún asunto que pueda interesar tanto como... bueno... tú me entiendes...

Mientras los dos primos sostenian esta discusión el viejo Bullivant se debatía por aclarar el misterio de aquel robo y le decía a Rudock:

—¿Estás seguro de que el señorito Enrique tenía esta gardenia en la mano?

—Sí señor.

—¿Y el señorito Enrique, no llevaba una en la solapa?

—Me acuerdo de haberla visto momentos antes de irse el señorito Enrique a cenar—volvió a decir el criado.

—¿Entonces, cómo la tenía en la mano? ¿Sería que al luchar contra el agresor se le caería?... Pero en tal caso la gardenia estaría en el suelo y no estrujada en su mano, ¿no lo crees así, Rudock?



—Así lo creo—respondió ésta.

—¡Claro!—le dijo refunfuñando Bullivant—. ¡Tú crees siempre todo lo que te dicen? ¿Pero es que nunca piensas nada?

—Yo... no señor... nunca he pensado nada...

Antes de que el viejo criminalista tuviera tiempo de contestar Ruddock, que había oído ruido se acercó a la puerta y la abrió repentinamente, encontrándose con Susán, que cayó de rodillas.

—¿Te has dedicado a hacer penitencia, muchacha? —le preguntó Mister Bullivant, al verla en aquella forma.

—¡Perdón, señor!—suplicó la muchacha, levantándose y dirigiéndose adonde estaba su amo—, pero es que quería hablar con usted... Yo estoy muy apenada con lo que le ha sucedido al señorito Enrique y creo que tengo la culpa...

—¿Qué tú tienes la culpa?... ¡A ver... a ver!... ¡Cuenta!... ¡Pero estate quieta con el delantal! —terminó exclamando Mister Bullivant, en extremo nervioso, viendo que la muchacha no hacía más que atar y desatar un nudo en la punta del delantal.

A pesar de la advertencia de Mister Bullivant, Susán al empezar a hablar siguió involuntariamente dándole vueltas al delantal, y Mister Bullivant, fuera de sí, le dijo:

—¿Pero no te he dicho que dejes tranquilo al delantal?—Y volviéndose a Ruddock insistió en su petición diciéndole:



—Ruddock, dile que deje quieto el delantal.

Por fin pudo conseguir la pizpireta muchacha estar-se quieta y empezó su narración, diciendo:

—Yo creo que la culpa de todo esto que ha pasado la ha tenido mi coquetería...

—¡A ver, cuenta!—le instó Mister Bullivant.

—V verá usted, Kebble, el criado de Mister Jarvis, se ha enamorado de mí y tiene unos celos terribles de todo. Ayer, cuando vino el señorito Enrique estuvo hablando conmigo. Me dijo que era muy bonita, porque el señorito Enrique es muy amable, y quiso darme un beso. Yo rehuí y... vamos...

—¿Dónde?—interrumpió Mister Bullivant, que tanto era el interés que ponía en escuchar a la joven, que no se dió cuenta de su pregunta.

—... Vamos que tuve que huir, para que no me lo diera. Pero creo que Kebble vió que yo le puse una gardenia en el ojar al señorito Enrique, y celoso hizo lo que sospechó.

Y al ver que sobre la mesa de Mister Bullivant estaba un agardenia igual a la que ella le había colocado al señorito Enrique, la tomó, exclamando:

—¡Aquí está la gardenia que yo le di al señorito Enrique!

Mas, al mirar el tallo y ver que estaba intacto, volvió a decir:

—No, no es esta la que yo le di.

—¿Y en qué la conoces?

—Pues en que la que yo le di al señorito Enrique, se

rompió al irsele a poner y la ató con un cabello, y ésta está entera.

Mister Bullivant abrió los ojos desmesuradamente. Ya tenía un hilo por donde seguir la pista del ladrón. La casualidad convertida en un pelo, lo ponía sobre el camino seguro de descubrir aquel misterio. Guardó la gardenia que tenía y le dijo a Susán:

—Mira, muchacha. De todo esto que me has dicho y lo de la gardenia, no le digas nada a nadie, absolutamente a nadie... ¿Lo entiendes?

—Descuide, señor—afirmó la muchacha.

—Bueno, anda, vete y ten más cuidado con tu coquetería.

Salió la joven y Mister Bullivant, frotándose las manos de contento, le dijo a su criado:

—Ruddock, me parec que no tardará mucho tiempo, sin caer en nuestras manos el ladrón.

Así lo creo, señor—respondió el criado.

—Lo importante ahora es saber dónde está la gardenia del pelo, y eso precisamente lo que tenemos que averiguar. Pensemos lo que ha podido ser de esa gardenia.

Y mientras que ellos dos pensaban dónde podría estar la gardenia, Virginia, sin preocuparle otra cosa que el amor de su primo, quien a su vez sólo preguntaba por su abuelo, salió para buscarlo.

En el pasillo se encontró con Misted Jarvis, dispuesto a salir y que le dijo:

—¿Cómo sigue Mister Leder?

—Está bastante mejor—respondió la joven—. ¿Y usted se marcha, por fin, esta mañana?

—Sólo me queda despedirme de usted y de Mister Bullivant. Me llevo una grata impresión y un recuerdo delicioso de mi estancia aquí. El recuerdo es éste—y señaló para la gardenia que la noche anterior le había colocado en el ojal Virginia.

—Pronto la olvidará usted—exclamó la joven.

—Esté segura de que no. ¿Quiere usted que hagamos la prueba para ver quién olvida antes?

—No sé de qué forma puede hacerse eso—preguntó ingenuamente la joven.

—Hagamos sencillamente lo que en los cuentos. Yo le entrego esta gardenia en prenda y usted me da otro objeto. El que primero la pierda ha perdido también la apuesta.

—Acepto—exclamó Virginia. Y cortando otra gardenia de una maceta se la entregó a cambio de la que él llevaba puesta.

—Ahora otra pregunta... ¿No tendré el gusto de volverla a ver en Londres?... ¿No me dijo usted que tenía que ir a la capital?... ¿Quiere usted que la acompañe en mi coche para que el camino me sea así más delicioso?

—He cambiado de parecer—respondió Virginia—. Mi primo está enfermo y no puedo ausentarme de aquí.

—¿Tan enamorada está usted de él?

—Ya le he dicho que pensamos casarnos—le respondió la muchacha—. Pero, en fin, ya que quiere usted

despedirse de mi abuelito, le ruego que le diga a la vez que vaya a ver a mi primo, que quiere verle.

—Cumpliré su encargo, Virginia y... hasta que tenga la dicha de volverla a ver.

Le ofreció la mano, y mientras que Virginia volvía al cuarto de su primo, para insistir que le dijera todas aquellas sursilerías que ella tenía tanto empeño en oír, Mister Jarvis se fué en busca de Mister Bullivant, para despedirse de él.

—¿Ya en marcha?—le preguntó Mister Bullivant, reparando en la gardenia que llevaba puesta.

—Solamente espero despedirme de usted—respondió Mister Jarvis.

—Muy amable, Mister Jarvis, muy amable—exclamó Mister Bullivant. Y de pronto, sin darle tiempo a reflexionar la respuesta, le preguntó:

—¿Tiene usted en mucha estima a su criado?

—En mucha—afirmó Mister Jarvis.

—¿Hace mucho tiempo que lo tiene a sus órdenes?

—Solamente unos días, y sin embargo, no me desprendería de él por nada en el mundo.

—Otra cosa, Mister Jarvis, y usted perdone que le detenga más del tiempo necesario. ¿Podría usted decirme cómo encontró a mi sobrino anoche?... ¿Creo que fué usted uno de los primeros que acudieron al lugar de la lucha, poco después de Ruddock?

—No tengo inconveniente. Cuando entré estaba su



criado al lado de Mister Jarvis, el cual estaba tendido cerca de la chimenea.

—Tendido, ¿verdad?... A ver, a ver. Ruddock, échate en el suelo, para que Mister Jarvis pueda confirmar si estaba en la misma forma que yo presumo. Lo hago—le explicó a Mister Jarvis—, porque este viejo no sabe darme una explicación exacta.

Se tendió el criado y Mister Jarvis le dijo:

—En efecto, estaba en esa forma.

—Entonces—siguió diciendo el viejo criminalista—, quiere decir que en la lucha, porque supongo que habría lucha, el criminal le heriría. Yo creo que todo se desarrolló en esta forma. Mi sobrino estaba desprevenido, vió al criminal y se abalanzó en esta forma sobre él.

Y se abalanzó sobre Mister Jarvis cogiéndolo por la solapa y estrujándole la gardenia que llevaba en el ojal. Como quien se da cuenta de que ha cometido una indiscreción, le dijo:

—Perdone, Mister Jarvis, sin querer le iba a estropear a usted la flor. ¿Me permite que se la quite un momento, para seguir mi explicación?

Y sin esperar la venía le quitó la gardenia, que entregó a Ruddock, que a la vez tenía la cajita con la otra.

—El criminal—siguió diciéndole el viejo criminalista—, debió sorprenderlo así y darle un golpe en la nuca.

—Así debió ser, según sospecho—respondió Mister Jarvis, a quien ya le iba molestando la manía del viejo.

—No, Mister Jarvis, no—le contestó Mister Bullivant.



—Recuerde que la herida de mi sobrino es en la frente. ¿Tal vez se la hizo contra la chimenea, al caer. ¿Quiere usted volverse un momento?

Mister Jarvis se sometió por cortesía, a la última prueba, y mientras que Mister Bullivant le hablaba, Buddock aprovechó el momento de que estaba de espaldas para cambiar la gardenia que tenía en la caja, por la que le había quitado su señor a Mister Jarvis. Indudablemente Buddock era un gran auxiliar del criminalista.

—Sí, sí, ya comprendo—terminó diciendo Mister Bullivant—. Muy agradecido a su amabilidad y aquí tiene usted la flor.

Se despidieron, y en cuanto hubo salido, el viejo y el criado se pusieron a examinar detenidamente la gardenia que habían quitado a Mister Jarvis. Su desaliento fué grande y Mister Bullivant exclamó:

—No está, Buddock, no está el pelo.

—No está, señor, no está—respondió el criado—. ¿Qué hacemos ahora, señor, qué hacemos?

—No lo sé, Buddock, pero algo hay que hacer. Voy a ver a mi sobrino.

Se dirigió al cuarto donde estaba Enrique y al ver que estaba allí, Virginia, le dijo:

—¿Pero todavía estás aquí, hija mía? Anda, vete y déjanos solos.

—Sí, Virginia—le suplicó Enrique—. Es preciso que yo hable con el abuelo.

—Y no puedo saber yo lo que habláis?—preguntó disgustada de que la echaran, la joven.

—No puedes—le contestó su primo—. Ya te lo diré...

—Sí, ya me acuerdo—le interrumpió casi llorando Virginia—. Me lo dirás a las cuatro y cuarto. Pero que te conste que no te escuchare, porque Mister Jarvis me ha invitado y me irá con él, si, me irá con él, y así no os molestaré más...

—Virginia—exclamó Enrique cuando la joven estaba ya en la puerta del cuarto.

—Déjala, déjala—le dijo su abuelo—. No hagas caso de lo que dice.

—Me lo han robado, ¿verdad?

—Sí, hijo mío—respondió el criminalista—. Te lo han robado. Pero tú no te preocupes. Ya lo encontraremos... ¿Acaso he sido yo uno de los mejores criminalistas de Londres, para que deje sin encontrar lo que tanto me interesa?

Enrique se desesperaba en el lecho y su abuelo intentaba consolarlo dándole esperanza de que no tardaría en saber el lugar donde se encontraría el famoso diamante.

Mientras tanto, Virginia, impulsada por su mal humor, se había cambiado de ropa y en la puerta se encontró con Mister Jarvis, que se disponía a salir, y le dijo:

—Mister Jarvis. Tengo que ir a la capital... ¿Quiere usted acompañarme?

—Con mil amores. Y mucho más aun si se decide us-

ted a visitarme esta tarde a las cinco, para tomar el té.

—A las cinco tomaré el té con usted, pero... en el Ritz—respondió sonriendo la joven.

—¿Y por qué no en mi casa?... ¿Tiene usted miedo de mí?... ¿Tan terrible me considera?... Además, la intimidad de mi casa será mucho mejor para decirle cuanto siento en este momento. ¿Duda de su voluntad?

—Nada de eso y le prometo acceder a su petición, para demostrárselo—le respondió Virginia.

Iba ya a salir, cuando de pronto se acordó que había olvidado el monedero, y le dijo a Susán:

—Tráeme el monedero.

Cumplió ésta el encargo y al volver Virginia le dijo nuevamente:

—Sácame los guantes, que deben estar dentro de él.

Así lo hizo la muchacha, pero estuvo a punto de dar un grito de sorpresa al advertir que en el monedero de su señorita estaba la gardenia que ella había entregado el día anterior al señorito Enrique.

En cuanto vió que Virginia y Mister Jarvis abandonaban la casa, entró corriendo y tocando la campana que antes encontró, empezó a gritar:

—¡Mister Bullivant!... ¡Mister Lawson!... ¡Mister Ruddock!... ¡Mister Bullivant!

El primero en entrar fué Ruddock, que le gritó, a la vez que le quitaba de la mano el cordón de la campana.

—¡Estáte quieta, muchacha!... ¿Te has vuelto loca!... ¡Ni que estuvieras llamando a los bomberos!

Seguidamente entró Mister Bullivant, y Susán le dijo:

—¡He de hablar a solas con usted, señor!

Mister Bullivant dió orden de que salieran todos, menos Ruddock, y la muchacha le dijo:

—La gardenia que ayer le entregué al señorito Enrique, la tiene la señorita Virginia en su bolso.

—¿Dónde está la señorita Virginia?—preguntó impaciente Mister Bullivant.

—Se ha marchado con Mister Jarvis, a Londres.

—Bueno, muchacha, vete y sigue sin decir nada a nadie—le ordenó Mister Bullivant, quien dirigiéndose a Ruddock le dijo: —Tráeme el libro de Sociedad.

Cumplió la orden y el criminalista volvió a decirle:

—Dame lo otro, hombre.

El criado, azorado por aquella precipitación le entregó un vaso y su amo lo rechazó de mal humor, exclamando:

—¡No, hombre, no, lo otro!

Tampoco supo qué darle, y por fin, Mister Bullivant le explicó lo que le pedía, diciéndole:

—Lo otro es el cristal de aumento, hombre!... ¡Nunca han de entenderme, a pesar de que te hablo bien claro.

Una vez con la lente en su poder empezó a hojear el libro, para saber a qué se debía que dos jóvenes cambiasen una flor. Por fin, después de mucho mirar encontró

lo que descubra. Y cuando ya iba a tener la explicación leyó una nota que decía:

«Mírese en la página 254.»

—¡Esto es inaudito!—exclamó colérico!—¡A quién se le ocurre poner la explicación en la página 254!—Pensó inmediatamente otra cosa y le dijo a su criado:

—Anda, di que euganchen en seguida. Nos vamos a Londres en primer tren en busca de la gardenia. Sospecho que ese Mister Jarvia, o su criado, tienen algo que ver en todo esto.

Y segundos después amo y criado, tras no pocas peripecias, en las que quedó demostrado unas veces más lo ajustado que le estaba a Mister Bullivant su nombre de «Cascarrabias», emprendieron la marcha hacia la capital inglesa.



## EN LONDRES

Nos hallamos ahora en casa de Mister Jarvis. Su criado está dando los últimos toques al gabinete-recibidor, cuando entra su amo y al ver la tristeza que expresa su servidor, le pregunta amablemente:

—¿Te veo muy triste?... ¿Acaso mal de amores?

—Esa maldita Susán—respondió el criado—. Sus coquetearías son la causa de todo, señor. Ayer mismo, cuando el señorito Enrique entró, vi que le colocaba en el ojal una gardenia, y para darme celos, la ató con un cabello suyo.

Mister Jarvis se llevó instintivamente la mano a la gardenia que llevaba en el ojal, y como distraidamente estaba echando agua en el florero, su criado le advirtió:

—Señor, está usted derramando el agua.

—Es verdad. Estaba distraído. Oye, Kebble, has el favor de no hablar a nadie de eso de la gardenia, podría comprometer a la muchacha y no está bien. Además, dentro de una hora estará aquí la señorita Virginia. Cuando vengas la haces pasar y te vas. No te necesitare en toda la tarde.

—Entendido, señor—repuso el criado,

Sonó el timbre de la puerta y Kebble, después de abrir, anunció a un infante de su amo, diciendo:

—Es Mister Kul Bercl.

—Hazlo pasar y déjanos solos... Ya sabes lo que te he dicho, para cuando venga la señorita Virginia.

—No lo olvido, señor—contestó el criado, saliendo de la estancia.

En cuanto quedaron solos, el recién llegado le preguntó:

—¿Qué te divertiste en el campo?

—Así, así—respondió sonriendo Mister Jarvis.

—¿Qué?... ¿Lo tienes?

Mister Jarvis, con ademán triunfador sacó del bolsillo la bolita, donde se encerraba el precioso diamante a la vez que decía:

—Míralo.

El otro lo miró detenidamente y al fin exclamó:

—Formidable, chico, formidable... ¡Cuéntame, cómo te las has arreglado!

—Todo anduvo como una seda—empezó diciéndole Mister Jarvis—. Me hice presentar por unos amigos Miss Bullivant, entramos en relación y pronto trabé amistad con ella... El hacerme invitar a su casa, fué entonces cosa fácil. Cuando Loder llegó a Southampton, por suerte tarde en la noche, ya encontró un telegrama de su jefe, naturalmente, mandado por mí, citándolo para hoy.

—Y Loder, por supuesto, como un corderito, se iría

derechito para casa de su tío, el viejo «Cascarrabias»—le interrumpió Kul-Berci.

—Exacto... con el precioso diamante en el bolsillo.

—Para que se lo hicieras tú—exclamó riendo el amigo de Mister Jarvis.—Y mirando nuevamente el diamante que aún tenía en su poder, siguió diciendo:—¡Esto es una maravilla!... ¿Y luego?

—Luego...—continúa diciendo Mister Jarvis, mientras que su amigo sigue examinando con ojos de conocedor el diamante. Le reconstruye, punto por punto, la escena nocturna, en la quinta de Mister Bullivant, la misma que nosotros ya hemos narrado y en la que Enrique Loder quedó con la cabeza rota, sin saber quién había sido el agresor y sin la famosa piedra que debía entregar en Londres al día siguiente. Por fin concluyó su relato diciendo:

—Y eso es todo.

—¿Y no hay nada que pueda comprometerte.

—Solamente una cosa, que no creo—respondió Mister Jarvis. Su amigo adoptó un aire más serio, mientras que el ladrón le decía:—Solamente cabe la posibilidad que, por equivocación, y con la prisa del momento, haya recogido del suelo la gardenia con el cabello, en vez de la que yo llevaba.

—¿Es esa la gardenia?—inquirió Berci, señalando la que Mister Jarvis llevaba en la solapa.

—No—contestó éste—. Precisamente esta mañana se la di a la nieta de Mister Bullivant.

Su amigo, al oír aquellas palabras, le devolvió el diamante, diciéndole:

—Aquí tienes el diamante. Ya no me interesa.

—¿Qué quieres decir?—preguntó extrañado Miss Jarvis, a la vez que volvía a apoderarse de la famosa piedra—. ¿No me dijiste que lo liquidarías si te lo entregaba?

—Eso te dije. Lo tomaré cuando recuperes la gardenia que diste a Miss Bullivant y no quede nada que te pueda comprometer—respondió Berci en tono que no admitía réplica posible.

—Espera un momento—exclamó Mister Jarvis, deteniendo a su amigo que hacía ademán de marcharse—. No creo que por un pequeño error de esta índole...

—Oye, Jarvis—replicó Berci, sin dejarlo terminar—. Tú sabes que soy propietario de una magnífica casa en el campo, provista de muebles riquísimos y rodeada de hermosos jardines. Si crees que todas esas comodidades se conservan gracias a pequeños errores, como éste, es muy difícil que nos podamos entender. Buenas tardes.

—Espera, hombre, espera. Todavía no te lo he dicho todo—volvió a insistir Mister Jarvis—. Nos estamos ahogando en una gota de agua. Precisamente Miss Bullivant estará aquí dentro de unos instantes. Viene a tomar el té conmigo.

—¿Y crees que traerá la gardenia? Y si la trae... ¿conseguirás que te la dé?

—Se trata de una muchacha muy joven—afirmó Mis-

ter Jarvis—, con la ventaja de que está algo enamorado de mí. Además, resulta ser la niña mimada del viejo Bullivant. Hará todo lo que le pida, excepto...

—Comprendo. Excepto algo que pueda comprometer su honor—terminó diciendo Berci, adivinando lo que iba a decir su amigo.

—A las cinco en punto estará aquí—terminó diciendo Mister Jarvis—. Ya dije a Kehble que nos dejara solos. Mira—exclamó al oír sonar el timbre de la puerta.

—Ahí está ya.

—Entonces me voy—dijo Berci.

—Espera, hombre, espera—le replicó sonriendo Mister Jarvis—. Has estado centenares de veces a punto de ir a la cárcel y no sabes aún lo que vale un testigo? Conviene que te la presente.

En este momento se abrió la puerta para dar paso a Kehble, que le dijo a su amo, con tono de consternación:

—Mister Bullivant, señor.

—Dile que no estoy—respondió malhumorado su amo.

—Ya se lo he dicho, señor—susurró bajando la voz el servidor—, pero se empeña en pasar.

—Dile que no estoy en Londres... Que... ¡Dile cualquier cosa, con tal de que se vaya!

Salió Kehble a complimentar lo que su amo le había mandado, aunque con talante que indicaba bien a las claras que no confiaba en que fuese fácil desembarazarse del importunísimo y testarudo visitante, y Berci,



al quedar solo con su cómplice, volvió a decirle, bastante alarmado.

—Te siguen la pista, Jarvis. De otro modo, el viejo no estaría aquí. No olvides que, aunque hoy esté retirado, no por eso deja de ser uno de los mejores criminalistas que ha tenido Inglaterra. Como te duermas estás perdido. Debes ir en busca de la muchacha y hacer que te devuelva la gardenia... ¡No queda otro camino.

Mister Jarvis guardó silencio, meditando las palabras de su amigo y pensando la razón que tenía de darle aquel prudente consejo. De sobras conocía él que el viejo no hacía desaparecer antes de tiempo, la única prueba que podía acusarlo.

## LA ASTUCIA DE MISTER BULLIVANT

Como lo tenía Kehle, el insuportable Mister Bullivant, entróse, quieras que no, a la sala, dando apenas tiempo a Mister Jarvis para esconderse en una habitación contigua, a fin de no ser visto.

Berci se sentó en el sofá y fingió estar leyendo un periódico, mientras oía al criado de su amigo que le decía a Mister Bullivant:

—Ya le he dicho, señor, que Mister Jarvis no está.

—No importa—replicó Mister Bullivant—, le esperaré aquí.

Dejó el paraguas sobre el periódico que leía Berci, quien a la vez procuraba ocultar su cara, y se excusó diciéndole:

—Perdóneme. Veo ya tan poco que no me doy cuenta de lo que hago.

Desde luego, comprendió Berci que la intención de Mister Bullivant no había sido otra que la de saber quien estaba allí. No obstante, admitió su excusa y al fin de un momento, viendo que el viejo criminalista no se iba, se encaró con el criado diciéndole:

—¿Por qué no me ha dicho usted que Mister Jarvis estaba fuera de Londres?

—Creí habérselo manifestado al señor—respondió Kebble, comprendiendo el juego.

Mister Bullivant, fingiendo que no oía lo que decían, empezó a roncar fuertemente y Kebble explicó a Berci:

—Ya está dormido. Ronca como un marmote cuando duerme.

Berci creyó llegado el momento de poner a salvo a su cómplice e intentó acercarse a la habitación donde estaba encerrado.

Mister Bullivant tosó fuertemente, haciendo como despertaba, mientras que se decía para sí:

—¡Ya sé dónde está encerrado el pájaro!

—¿Usted también espera a Mister Jarvis?—le preguntó Berci.

—Sí, le espero aquí.

—Pues dice su criado que no está en Londres.

—Buena. Le esperaré para cuando vuelva.

—¡Ya sé dónde lo podremos encontrar fácilmente—siguió diciendo Berci—. En el Club. Seguramente que estará en el Club. Vamos a buscarlo.

—Yo no—respondió Mister Bullivant—. Me encuentro cansado y le esperaré aquí sentado.

—¿Pero no dice usted que quiere ver a Mister Jarvis?—insistió Berci—. Pues vamos al Club. Allí lo encontraremos.

—¡Pero, hombre!—exclamó malhumorado Mister Bullivant—. ¿Qué empeño tiene usted en que me vaya?

Usted puede ir al Club, le digo que lo espero y lo trac... Yo me quedo aquí.

—¿Pero no comprende usted que no puede ser? Que Mister Jarvis tardará en venir...

Mister Bullivant recurrió a su procedimiento del sueño y fingiendo que se dormía repitió las últimas palabras de Bercl, quien comprendiendo que nada conseguiría de la testarudez de aquel hombre, abandonó la casa.

Al salir de la habitación se encontró de cara con Ruddock, que al oír pasos se había preparado por lo que pudiera suceder, pero al ver a su amo durmiendo, se limitó a hacer una reverencia, mientras que Bercl le decía:

—¿Está usted ciego?... ¿No ve que voy a salir?

Mister Bullivant quedó riendo de la forma en que se marchaba el cómplice de Mister Jarvis y siguió tan tranquilo, como si verdaderamente estuviese dormido.

En aquel instante sonó el timbre y entró de nuevo Kehble, llevando una carta. Al ver que Mister Bullivant estaba dormido se dirigió cautelosamente al cuarto de Mister Jarvis. Mas antes de que tuviera tiempo de entrar, Mister Bullivant lo llamó diciéndole:

—¿Quiere usted hacerme el favor de ayudarme a quitar el abrigo?

El criado, sin sospechar la maulillería de Mister Bullivant, accedió a lo que le pedía, y el viejo aprovechó este instante para leer la dirección del sobre. Co-

noció la letra de su nieta y apoderándose de la carta exclamó:

—Esta carta es de mi nieta. Es preciso que yo la lea.

—¡Deje usted esa carta! —exclamó Kehble, perdiendo todo respeto.

—La he de leer antes—insistió Mister Bullivant—. Es una carta de mi nieta y me interesa saber lo que en ella dice.

—¡Pues no la leerá usted! —exclamó Kehble, abalanzándose contra Mister Bullivant que cayó derribado sobre el sofá, a la vez que ocultaba la carta debajo de un cojín.

Al ver que Kehble luchaba con él y viéndose perdido, empezó a gritar para que entrara Ruddock:

—¡Favor!... ¡Socorro!... ¡Socorro!

Inmediatamente se presentó su fiel servidor y cogiendo a Kehble por las solapas lo lanzó fuera de la habitación, cerrando la puerta tras él.

—Ay, Ruddock! —se quejó medio ahogado Mister Bullivant—. Ese bandido ha estado a punto de estrangularme... Dame algo, dame algo que me alivie. Whisky y le dió un poco en un vaso, haciéndole exclamar:

—No, hombre, no. Whisky, no.

—Es un estimulante, señor.

El olorcillo del Whisky le hizo olvidar la prescripción facultativa y Mister Bullivant bebió de un sorbo el líquido, diciendo inmediatamente:





Le Va, seconda la padrona, ancora felicemente.



- Rientra a un provvedimento del tutto.



— Aprobuzați vite înainte nera levi la dirapion.



— Dele nered vep. nntat



- (Pavotti...) Socorro!



- Cigarras e Kebab...



- ¿Es un extinguidor?



«¿Está aquí Mister Jarvis?» - preguntó el viejo criminalista.

—¿Es un estimulante? ¿Dices que es un estimulante?

—Sí, señor—respondió el criado.

—Pues dame otro poco de estimulante.

—Ya no hay más. No le conviene al señor beberlo.

—¿No?... Bueno, hombre, como tú quieras. ¿Y la carta?... ¿Dónde está la carta?

—No lo sé, señor. Busque usted en sus bolsillos.

—¿Qué la he de tener en el bolsillo, hombre!... ¡Debe estar por ahí!

Empezaron a buscar la carta, hasta que finalmente Ruddock la encontró debajo del cojín y se la entregó a su señor, que colocándose de espaldas frente a la puerta del cuarto donde estaba encerraba Mister Jarvis, leyó en voz alta lo que decía, con el fin de que se enterase.

«Querido Mister Jarvis:

Estaba ya en el taxi, pero me arrepentí. Francamente me debo a Enrique—ha vuelto de Sud Africa solo por mí—. Por lo tanto, no me espere para el té. Creo que a usted le sale también más a cuenta, pues iba a ganarle en el juego de prendas y me proponía imponerle un castigo muy severo. Y a propósito del juego de prendas, Mister Jarvis: ¿de quién era el cabello que encontré en la gardenia que usted me entregó? Si quiere la gardenia puede venir a buscarla y se la entregaré...»

Mientras que Mister Bullivant leía la carta, se abrió cautelosamente la puerta de la habitación donde estaba oculto Mister Jarvis y éste salió cautelosamente a la ca-



Ile para ir en busca de Virginia y pedirle la gardenia comprometedora.

Cuando Mister Bullivant comprendió que ya había salido, se volvió a su criado y le dijo:

—¡Ya cayó el ratón, Ruddock, ya cayó!

—¿Qué quiere usted decir, señor?

—Mira, mira, quién va por la calle.

Miró Ruddock y al ver a Mister Jarvis exclamó sorprendido:

—¡El mismo!—respondió socarronamente el viejo.

—¿Y lo ha dejado usted escapar?

—¡Ya lo creo!

—¿Pero no dice usted que es el ladrón?

—Y ahora estoy más seguro que nunca, después de los informes que he recibido y de leer esta carta.

—¿Entonces, por qué lo ha dejado usted escapar?

—Porque a mí la gardenia, sin Jarvis, no me sirve para nada. Lo mismo que para nada me sirve Jarvis sin la gardenia. Los necesito los dos juntos. Si consigo juntarlos ya es nuestro el triunfo. Ahora a casa otra vez.

—¿Sin seguir la pista de Mister Jarvis?—preguntó extrañado el criado.

—Eso es lo que precisamente vamos a hacer. Al enterarse de que Virginia no viene, habrá ido inmediatamente a recoger la gardenia, creyendo que nosotros estamos en Londres.

Y amo y criado, sin detenerse un momento más, se fueron de aquella casa para proseguir su gestión.

## INFRAGANTI

Virginia, arrepentida de lo que pensaba hacer, volvió de nuevo a su casa y encontró levantado a su primo. Sin que éste pudiera impedirlo, se arrojó a sus brazos llorando, a la vez que le decía:

—¿Me perdonas, Enrique?

—¿De qué he de perdonarte, chiquilla?

—De lo que te he dicho esta mañana. De lo que iba a hacer.

—Si no me lo dices, no puedo saber de lo que se trata—respondió sonriendo el muchacho, pensando en la ingenuidad de aquella criatura tan adorable.

—Pues Mister Jarvis me invitó a ir a tomar el té a su casa y yo... yo acepté—confesó Virginia abrazándose nuevamente a Enrique.

—Pero cuando ya me encaminaba a su casa, comprendí que yo no amo a nadie más que a ti... Sí, Enrique, todo lo hacía por darte celos, para que me dijeras todas esas cursilerías que todavía no me has dicho, pero que quiero que me las digas...

—¿Entonces, no has visto al abuelo?

—¿Dónde está?—preguntó Virginia.

—Ha ido a casa de ese Mister Jarvis. ¡Ya ves, si te hubiera encontrado allí!

—Llevas razón. He sido una loca, pero ahora no quiero saber nada de Mister Jarvis, ni quiero tampoco la prenda que me dejó.

—¿Qué prenda es esa? —preguntó su primo.

Virginia abrió el monedero y sacando la flor que le había entregado Mister Jarvis se la mostró diciéndole.

—Esta gardenia.

—La tiró despectivamente al suelo, a la vez que encontraba un criado con una bandeja, en la que llevaba algunos medicamentos para Enrique. Dejó todo lo que llevaba en una mesita y recogió la gardenia que Virginia había tirado. La colocó en un florero y se retiró nuevamente.

Al poco sonó el timbre y Enrique, creyendo que se trataba de Mister Bullivant, salió a recibirlo, pero se encontró con Mister Jarvis, que le dijo:

—¿Le sorprende a usted mi visita?

—Después de lo que me he enterado, no me extraña —respondió el muchacho.

Mister Jarvis se puso en guardia, sin saber a que se refería Enrique y preguntó a su vez:

—¿Sería usted tan amable que me dijese qué es lo que le han dicho?

—La misma Virginia me lo ha contado todo. Yo le pido a usted que me perdone y que comprenda. Siento mucho lo sucedido, pero me creo en el deber de darle a usted una explicación, por lo menos en recompensa de haber hecho de enfermero mío toda la noche pasada. Virginia y yo vamos a casarnos, hace mucho tiempo

que teníamos pensado este matrimonio, por lo mismo le ruego que no tome a mal la actitud de Virginia.

—¿Y podría yo hablar con ella?—preguntó Mister Jarvis.

—No hay inconveniente—respondió el muchacho—. Iré yo mismo a llamarla.

Ya estaba cerca de la puerta cuando se volvió de repente y le dijo:

—¡Ah, también me ha contado lo de la gardenia!

—¿La de la gardenia?

—Sí, ese juego de prendas. Por cierto he de felicitarle, porque Virginia la ha tirado.

—¿Dónde?—preguntó inmediatamente Mister Jarvis, temiendo una nueva complicación.

—No sé—respondió indiferente Enrique—. Creo que por aquí la echó... Voy a llamarla, entre tanto.

Salió en busca de su prima, mientras que Mister Jarvis buscaba afanosamente por toda la sala la comprometedora gardenia, sin poderla encontrar; Enrique le dio cuenta a su prima de la visita de Mister Jarvis, diciéndole:

—Está aquí Mister Jarvis. Quiere hablar contigo.

—¿Para qué?—preguntó la muchacha.

—Sin duda querrá una explicación. Yo se la he dado, pero no obstante insiste en tener contigo una entrevista. Yo creo que debes acceder a ello. Obligan las reglas de cortesía.

—Bueno, haré lo que tú quieras—respondió Virginia intentando ir al encuentro de su pretendiente.

Mas como en aquel instante sonase el timbre de la puerta, los dos jóvenes fueron a ella, en la seguridad de que se trataría de Mister Bullivant.

No se engañaron. Era éste, en efecto, que, como siempre, venía peleándose con Ruddock.

Al entrar y ver a su sobrino levantado, exclamó sorprendido:

—¡Enrique!... Mucho me agrada verte así, pero temo que hayas hecho una imprudencia levantándote.

—No lo crea, abuelo. Me encuentro muy bien.

Ruddock no dejaba en paz a su amo, queriendo quitarle el abrigo, hasta que Mister Bullivant exclamó:

—¿Qué quieres, quitarme el abrigo?... Bueno; hombre, quitámelo.—Y dirigiéndose a los jóvenes, les dijo:—Si no me lo quitan no me dejaría tranquilo, se moriría... ¡Ah, qué criados;

—Pero, abuelito—le dijo Virginia acariciándolo—, ¿Por qué te enfadas con Ruddock? ¿No ves que todo lo hace porque te quiere?

Mister Bullivant sonrió complacido y mirando a su criado exclamó:

—Si ya lo sé, si ya sé que me quiere. El también sabe que lo quiero y por eso me hace todas esas cosas. Pero yo no me enfado, hago ver que me enfado nada más, ¿verdad, papenatas?

Ruddock sonrió satisfecho ante aquel cariño que le expresaba su amo y se retiró, después de quitarle el gabán.

—¿Y de dónde vienes tú ahora, abuelito?—le pregun-



Virginia, que no sabía nada de lo que había ocurrido entre él y Mister Jarvis.

—De Londres—respondió el abuelo.

—¿Has ido a Londres?... ¿Por qué no me lo has dicho y hubiéramos ido juntos?... Yo también he estado en Londres...

—Ya lo sé—exclamó el viejo—. Además hemos estado el uno muy cerca del otro.

—No te comprendo, abuelito—replicó cada vez más sorprendida la muchacha.

—Yo te lo diré todo, pero antes has de explicar-me, qué es lo que fuiste a hacer tú a Londres.

La muchacha bajó la cabeza algo avergonzada y sin atreverse a responder hasta que Mister Bullivant le dijo:

—Yo te lo diré. Fuiste a Londres instiguida por Mister Jarvis, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza y preguntó:

—¿Hice mal?

—Muy mal—respondió el abuelo.

—Perdóname abuelito—suplicó la muchacha—. Yo te prometo que no asistí a la invitación de Mister Jarvis.

—También lo sé—respondió el abuelo—. ¿Y por qué no fuiste a su casa?

—Porque comprendí que no debía de hacerlo. Como me echasteis de aquella manera de la habitación de Enrique, creí vengarme de vosotros admitiendo la invitación de Mister Jarvis. Al llegar a Londres yo me fui a hacer algunas compras y le prometí que acudiría a su casa para tomar el té en su compañía. Una vez que le

miné todos mis encargos tomé un taxi para ir adonde él vivía. Ya estaba cerca de la casa de Mister Jarvis cuando cambié de pensamiento y di orden al chifer para que cambiase la dirección... Te prometo que no estuve. ¿No me crees?

—Sí, hija mía—exclamó el abuelo acariciándola—. Ya lo creo que te creo. ¿No ves que yo lo averiguo todo?... Hasta sé que le escribiste una carta excusándote. Ella miró asombrada a su abuelo, quien quiso causar aún más extrañeza en ella y le siguió diciendo:

—¿Quieres que te diga lo que decía la carta?

Virginia miró a su primo y respondió

—No, no es necesario. En ella decía cosas que solamente quiero que la sepa tu. ¿Y solamente para eso has ido a Londres?

—Ese ha sido mi principal objeto—respondió Mister Bullivant—. Pero había otro muy importante.

—¿Cuál?—inquirió Enrique creyendo que se trataba de descubrir al poseedor de su diamante.

—El de hablar con cierta persona a quien todos conocemos.

—Y lo encontraste?—preguntó de nuevo Enrique.

—Claro que lo encontré.

—Y dónde está...? ¿Lo tiene ya?

—Todavía no, pero creo que no tardará mucho tiempo en que esté en nuestro poder.

Virginia miraba a uno y a otro sin comprender aque-

llas medinas palabras, hasta que finalmente exclamó, algo molesta:

— ¿Otra vez estáis con vuestros misterios?... ¿Acaso no puedo saber yo lo que os ocurre?

— Ya lo sabrás dentro de poco—le respondió cariñosamente su abuelo—. Por ahora no es prudente que sepa nada...

— Siempre me tratáis como a una chiquilla—exclamó Virginia—. Y yo e ahora de que os déis cuenta de que soy una mujer... ¡Y quiero saber quién es ese sujeto que tanto os interesa a los dos!

— ¿Quieres que te lo diga?—le preguntó sonriendo su abuelo, a la vez que le hacía una seña a Enrique, que había expresado cierta inquietud.

— Claro que lo quiero saber.

— Pues verás. Cuando se marchó Mister Jarvis me pareció advertir en él que se iba algo disgustado porque no insistíamos en que prolongase aquí su estancia. Yo, para subsanar esta falta de cortesía nuestra, debido al estado de excitación en que estábamos por lo ocurrido anoche, me fui directamente a Londres y a casa de Mister Jarvis.

— ¿Y le has invitado otra vez?—preguntó algo disgustada ella.

— Claro que le he invitado... ¿No te digo que para eso fui a Londres?

— ¿Y qué ha dicho?

— El no me ha podido decir nada, porque no pude

hacerlo personalmente... pero he dejado el «recado» y creo que no faltará a la cita... ¡Como es tan galante!

—¡Poco me importa a mí su galantería!—replicó Virginia—. Además ahora no hace ninguna fila aquí... Lo único que hará es estorbar... ¡No te parece. Enríque?

Enrique se acordó entonces de que estaba esperando Mister Jarvis y le dijo a su prima:

—Hemos olvidado de que Mister Jarvis te espera.

—¿Está aquí Mister Jarvis?—preguntó el viejo criminalista.

—Sí—respondió Enrique—. Creo que ha venido en busca de una flor que le entregó Virginia.

—¿Y dónde está?—siguió preguntando Mister Bullivant.

—Lo he dejado en la sala. Le dije que Virginia había tirado la gardenia y parece que esto le contrarió mucho.

—No te lo puedes tú figurar—respondió intencionalmente Mister Bullivant—. ¿Tiene ya la gardenia?

—No, la está buscando por la sala.

Sin decir nada más se metió sigilosamente en la sala y allí encontró que Mister Jarvis, pues «a gatas», buscaba por debajo de los muebles la gardenia, sin darse cuenta de que había entrado Mister Bullivant, quien acercándose a él y en su misma postura, lo saludó burlescamente.

Mister Jarvis se levantó sorprendido y el criminalista le preguntó:

—¿Se le ha perdido algo?

—Busco una flor que me interesa mucho.

—A mí también me interesa—le dijo Mister Bullivant—. Busquemos los dos, a ver quien la encuentra antes.

Al poco rato de buscar por todas partes, entró nuevamente el criado que había dejado la bandeja para recogerla y Mister Bullivant le preguntó:

—¿Ha entrado alguien aquí?

—No, señor—respondió el criado—. Únicamente he venido yo a traer el medicamento del señorito Enrique.

—¿Y no has encontrado nada?

—Nada, señor—respondió el criado.

—Recuerda bien—insistió Mister Bullivant.

—¡Ah, sí!—exclamó el criado—. Había una flor en el suelo y la recogí.

—¿Dónde la has puesto?

—Ahí en ese florero—contestó el criado.

Los dos se abalanzaron sobre el tiesto donde estaban las flores y fué precisamente Mister Bullivant quien la encontró, exclamando:

—¡Ya la tengo, ya la tengo!

Mister Jarvis, al verse perdido intentó huir, pero la oportuna presencia de Ruddock le interceptó el paso, y Mister Bullivant se acercó a él diciéndole:

—¿Sabe usted quién llevaba esta flor puesta anoche?

—¿No? Pues yo le refrescaré la memoria. La llevaba mi sobrino Enrique.



En este momento entró Enrique y Mister Bullivant le preguntó:

—¿Es esta la gardenia que Susan te puso ayer en el ojal?

Enrique la examinó, y al ver que llevaba el cabello de la doncella, respondió:

—¿Pero por qué me lo pregunta?

—Luego lo sabrás todo. Ahora déjame un momento a solas con Mister Jarvis y avisa a Virginia para que venga.

Quedaron nuevamente solos, sin más testigo que Ruddock, y Mister Bullivant empezó diciéndole:

—Afortunadamente he llegado a tiempo, Mister Jarvis. Cuando me enteré del juego de la gardenia fui a Londres y allí pude enterarme de que era usted muy conocido... ¿De quién nos dijeron que era muy conocido, Ruddock?

—De la policía, señor—respondió el criado.

—¡Ah, sí, de la policía! Y que lo andaban buscando unos amigos que usted tiene en... ¿En dónde dijeron, Ruddock?

—En Manchester.

—Eso es, en Manchester... ¿Conoce usted a esos amigos de Manchester, que lo esperan?

Mister Jarvis estaba confundido al ver que le habían descubierto su última fechoría, y Mister Bullivant continuó diciéndole:

—Bajo la capa de amistad ha entrado usted en mi casa. Bajo la capa de caballero ha intentado usted se-

ducir a una pobre criatura, valiéndose de su fingida galantería y bajo esa misma capa iba usted a perder al ser que yo más quiero en la vida. Para estos crimenes no hay cárceles ni leyes que condenen, pero debía haberlas, mucho más enérgicas que para los delitos comunes.

Mister Jarvis callaba, sin saber qué contestar a las palabras de su acusador. Este siguió diciéndole:

Desde el primer momento sospeché de usted, pero mi sospecha se confirmó aún más cuando vi en su casa a Berci. También me habían dado informes suyos. Ya sé que se dedica al negocio de antigüedades, pero, según se dice, este negocio sólo sirve para encubrir otras maniobras tuyas que todavía no se han descubierto y que yo no pienso tampoco intervenir. ¡Son ustedes tal para cual!

—¡Acabemos!—respondió Mister Jarvis—. ¿Qué es lo que desea usted?

—¿Qué es lo que deseo?... ¿Todavía tiene usted el cinismo de preguntármelo? Quiero que me devuelva usted el diamante que ha robado y alégrese que sólo me contente con eso y que no lo entregue a la policía.

Antes que Mister Jarvis pudiera contestar, entró Virginia, que acercándose al grupo que forma, a su abuelo y Mister Jarvis, le dijo a éste alegremente:

—¿No tiene usted mi flor?

—No, Virginia—respondió él.

—Entonces usted ha perdido. ¡He ganado!

—Sí, usted ha ganado—respondió Mister Jarvis.

Mister Bullivant, riendo de todas veras, exclamó:

—¿Usted ha perdido?... ¿No es eso?

Y al observar la cara del ladrón, siguió bromeando y diciéndole:

—¡Pero no lo tome usted así. Ya sabe lo que dice el refrán: «Desgraciado en el juego, afortunado en amores.» Yo fui siempre muy desgraciado en los juegos de prenda. Pero a las muchachas se las paga con una friolera... Un par de guantes, un ramo de flores... cuando más—recalcó las siguientes palabras, para que Mister Jarvis no dudara de lo que le quería decir—, cuando más, una alhaja. ¿Comprende lo que le quiero decir?

Mister Jarvis no dejó traslucir la menor intención de que había comprendido y Mister Bullivant, insistió diciéndole:

—¿No?... ¿No me ha comprendido?... ¡Qué lástima!... ¿No se acuerda de lo que estábamos hablando hace poco, acerca de sus amigos de Manchester.?

Hizo una pausa intencionadísima, y continuó:

—Yo se lo decía por ese empeño que tienen esos amigos suyos de Manchester de verlo otra vez... ¿Recuerda ahora? Y no es bueno que le encuentren a uno algo encima que le pueda comprometer.

Mister Jarvis hizo un signo, dando a entender que estaba conforme con el desco del criminalista y éste exclamó satisfecho:

—Usted es muy inteligente y veo que me comprende... ¿verdad?

—Perfectamente—contestó Mister Jarvis.

—Virginia miraba extrañada a uno y a otro, sin poder comprender qué significaba aquel juego de palabras, ni a qué venía a colación los amigos que Mister Jarvis pudiera tener en Manchester. Impaciente ante la actitud de los dos, exclamó finalmente:

—¿Pero, qué historias son esas?

Mister Bullivant miró socarronamente a Mister Jarvis y luego le contestó a su nieta, diciéndole.

—Mister Jarvis te lo explicará.

Al sentirse aludido, Mister Jarvis comprendió que no tenía más remedio que dar una explicación, pero al mismo tiempo, le dolía tener que confesarse autor del robo del diamante delante de la joven. Por lo mismo adoptó una resolución y le dijo:

—Estábamos hablando sobre juegos de prendas, Virginia. Como iba a perder, ya traje el regalo conmigo. No creo que su abuelo tenga inconveniente alguno en que se lo dé a usted, pero de todos modos quiero enseñárselo a él primero... ¿Me lo permite usted?

—No hay inconveniente—respondió con ingenuidad la muchacha, sin poder sospechar de qué se trataba.

—Pero yo le suplico que nos deje un momento solos.

—¡Huy, cuánto misterio!—exclamó sonriendo la muchacha—. Por mí que no quede.

Mister Jarvis, al salir la joven sacó la bolsita en cuyo interior se guardaba el diamante y se la entregó a Mister Bullivant, que le dijo:

—Perdone usted. Soy muy corto de vista y no puedo verlo así. Necesito mi cristal de aumento.

## LA DETENCION DE MISTER JARVIS

Corrió Ruddock a cumplimentar el deseo de su ama, y mientras examinaba el diamante para asegurarse que era el mismo que la noche anterior le había mostrado su sobrino, siguió diciéndole a Mister Jarvis, sin abandonar su tono burlón:

—Muy apropiado, Mister Jarvis... un regalo muy apropiado.

Ya iba a abandonar la estancia cuando exclamó de nuevo:

—¡Ah, perdone, Mister Jarvis! Había olvidado.

Tomó la gardenia del cabello que había dejado sobre la mesa y se la entregó sonriendo a la vez que le decía:

—Aquí está su prenda.

El ladrón tomó la flor que le ofrecía Mister Bullivant y se la colocó en el ojal, sin la menor afectación, mientras que el viejo criminalista lo miraba, no sin dejar traslucir cierta admiración, tributo merecido que rendía a la sangre fría del ladrón de levita.

Después desentendiéndose de Mister Jarvis y tornándose otra vez el viejo gruñón de siempre, se encaró con su criado, el leal Ruddock, víctima resignada de su mal humor, y le dijo:



—Estoy cansado como un diablo, Ruddock—le hizo una seña para que dejara la puerta libre al ladrón, y siguió diciéndole: —¡Qué cociente de aire!... ¿Dónde está mi bufanda... ¿Y mis zapatillas?

Ruddock no acertaba qué hacer. Si dejar la puerta libre para que se fuese el ladrón o acudir a su amo. Mas, éste insistió, dándole a entender que era a él a quien debía acudir diciéndole.

—¿Dónde están mis zapatillas?... ¿No sabes lo que te quiero decir?... Mis zapatillas, hombre... ¡Eso que te tiro todas las mañanas.

Aprovechó Mister Jarvis aquella oportunidad que le daban para salir por la puerta que habían dejado abierta, a la vez que Bullivant sonreía socarronamente.

Poco después entraron los dos jóvenes y Virginia corriendo adonde estaba su abuelo le preguntó:

—¿Y Mister Jarvis?... ¿Dónde está?

—Se ha marchado... Tenía mucha prisa y no ha podido esperar más.

—¿Y te ha dado mi regalo?

—Ya lo creo... ¿No ves que había venido expresamente para eso?

—¡A ver... a ver!—demandó la joven.

Pero su abuelo detuvo su curiosidad diciéndole:

—Puesto que Enrique ha de ser tu esposo, justo es que él lo vea antes que tú. ¿no te parece?

—Me da lo mismo—respondió la joven—. Lo importante es verlo.

—Pues toma, Enrique—siguió diciendo el viejo,

mientras se sacaba de uno de sus bolsillos la bolsita con el diamante—. Mira, el regalo que Mister le hace a Virginia.

El muchacho, al ver la bolsita, exclamó alegremente:

—¡Mi diamante!

—El mismo. No te dije que lo encontraría.

—Pero, ha sido...

—Sí, hijo sí. Mister Jarvis se valió de nuestra confianza para entrar en esta casa. Sospecho que lo del telegrama y todo lo demás ha sido obra suya.

—¡Abuelo!—exclamó conmovido Enrique.

—¿Ves como yo tenía razón anoche, cuando te dije que lo encerraras en mi Caja. Pero siempre has de ser el mismo, testarudo hasta dejártelo de sobra.

—Perdón, abuelo, pero yo creía que cuanto más importancia se le diera sería peor.

—Pues ya ves como no ha sido así. Por algo sabemos tanto los viejos.

Virginia, casi podía creer lo que oía. Nunca se hubiera figurado que Mister Jarvis fuera un vulgar ladrón, y exclamó:

—¿Quién iba a decir eso de ese Mister Jarvis?... Parece que no es correcto.

—¡Mucho más correctos que ese los he tenido yo entre mis clientes.

—¡Pero, ¿pero cómo ha podido usted sospechar de Mister Jarvis?

—Todo se debe a la casualidad de haberte amarrado la gardenia Susán con uno de sus cabellos... Lo demás

fué facilísimo. En Londres me enteré que ese hombre estaba reclamado por una estufa que había hecho en Manchester. Falsificó ciertos papeles de una casa importante y la policía lo buscaba.

—¿Y lo ha dejado usted escapar?—preguntó extrañado Enrique.

—Ya lo creo—respondió Mister Bullivant—. ¿Para qué lo queríamos aquí?

—No lo comprendo, como usted, siendo uno de los mejores criminalistas, el mejor criminalista de Londres, ha dejado escapar a un ladrón tan fácilmente.

—Pues, sencillamente, abriendo la puerta, para que saliera. Asímate al balcón. Tal vez lo veáis ir todavía por el jardín.

Los dos muchachos corrieron hacia el lugar que les indicaba Mister Bullivant, y Virginia exclamó:

—Es verdad. Va allí.

—¿Lo ves?—preguntó socarronamente el viejo—. ¿No te decía yo que todavía lo podríais ver?

—Pero va acompañado por otros dos hombres. Lo llevan cogido del brazo. ¿Quiénes son, ahuequito?

—Son sus amigos de Manchester—replicó el viejo riendo—. Los que tenían tantas ganas de verlo de nuevo.

Mister Bullivant, hombre ducha en esta materia de asuntos, antes de volver a su casa había ido a la Jefatura de policía para inquirir detalles de aquellos dos puntos que tanto le interesaban. Allí le dieron cuenta del tal Mister Jarvis; era uno de los ladrones de levita más

perseguido y que últimamente estaba reclamado por la policía de Manchester.

—Yo puedo ofrecerles a ustedes la ocasión para apoderarse de él—les dijo.

—¿Dónde?—le preguntó el jefe de policía.

—Sencillamente, en mi casa—respondió él—, pero antes tengo que hablar yo con él. Tenemos algo pendiente que liquidar.

El jefe de policía, que conocía de sobras al viejo criminalista, le respondió:

—Todo se hará como usted diga, Mister Bullivant. Lo importante es que no se marche.

—Descuide que no se nos marchará. Los policías pueden estar en el jardín de mi casa. Por allí saldrá Mister Jarvis y se pueden hacer caso de él. Cuando él salga ya habré terminado yo mi asunto.

—¡Magnífico!—exclamó el jefe de policía—. ¡Es una verdadera lástima que se haya usted retirado, Mister Bullivant. Si siguiera usted actuando, otro gallo les captura a todos esos ladrones, que se valen de su máscara de personas honradas para desvalijar por donde pasan. ¿Quiere usted que le acompañen los agentes que han de detenerlo?

—Sí—respondió Mister Bullivant—. De esa forma yo les situaré en el sitio estratégico donde podrán apoderarse de nuestro sujeto.

El jefe llamó a dos agentes y les dio la orden de que siguiesen todas las indicaciones que les diera Mister Bullivant, que seguido de él emprendió el retorno a su

casa. Y de esta manera se explica que Virginia lo viera acompañado por aquellos dos desconocidos, a quienes Mister Bullivant llamaba «sus amigos».

Enrique comprendió que eran dos policías y no pudo menos que expresar la admiración que le causaba su tío, dándole un fuerte abrazo a la vez que le decía.

—Eres el hombre más bueno y más inteligente que he conocido, abuelo...

—¡Quita, hombre, quita de encima!—exclamó de mal humor el viejo—. Te crees que estoy aquí para que te echas sobre mí como si yo fuera una butaca...

Enrique saltó la carejada. Comprendió que el carácter del viejo Cascarrabias no cambiaría nunca. ¿Pero, qué importaba aquel carácter si dentro de su pecho latía un corazón dispuesto a todos los sacrificios?



## ANTES DE LAS CUATRO Y CUARTO

En el balcón estaba Virginia. Esperaba que su primo se acercase a ella, para decirle todas aquellas cursilerías que tanto deseaba.

Mister Bullivant comprendió su impaciencia y encarándose con su sobrino le dijo:

—A mi déjame en paz. Ves a decirle a Virginia que se quite del balcón. Puede tomar un aire...

Sonrió otra vez Enrique. Se necesitaba ser demasiado tonto para no comprender lo que quería indicarle y corrió adonde estaba Virginia.

La muchacha sonrió al tenerlo junto a ella y le preguntó:

—Todavía no puedes decirme todas esas cursilerías?

—Sí, Virginia—respondió él—, ya ha llegado el momento de que te diga todo lo que de sobras sabes, aún cuando no se haya cumplido el plazo que te señalé.

Ella abrió los ojos mirándolo, como si quisiera gravar en su mente las palabras del muchacho y Enrique continuó diciéndole.

—No puedes imaginarte los celos que sentí cuando te vi anoche junto a ese hombre.

—¿Celos?... ¿Por qué?—preguntó ingenuamente la muchacha.

—Porque te amo más que a nada en la vida, porque todas las fatigas, todos los sufrimientos que pase en Africa los soportaba con resignación, incluso con cierta alegría, pensando que el premio a todo mi trabajo, a todos mis afanes había de ser luego tu cariño... Pero cuando llegué aquí y el abuelo me dijo que estabas en el jardín con ese Mister Jarvis, cuando te vi hablando con él tan interesada, sentí que un vacío enorme se hacía en mi vida. ¿Para qué habían servido mis años de lucha, si al final de ellos, cuando podía ofrecerte un porvenir, no te encontraba?... Encontré insípida mi existencia anterior y hasta aborrecí mentalmente el deseo que tuve de separarme de vosotros para hacerme un hombre.

Virginia le oía expresarse y sonreía satisfecha, hasta que al fin le respondió con su innata infantilidad.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?—preguntó él.

—Que no son tan cursis las palabras que me has dicho... Yo creí que te íbas a expresar en otros términos.

—¿Acaso lo hubiera hecho así, Mister Jarvis?... ¿Sientes que no haya sabido decirte todo el amor que por ti siento?

—No hablemos más de Mister Jarvis—le contestó la muchacha—. Comprendo que he sido una chiquilla mimada aceptando su amistad y su invitación, pero que te conste que si yo anoche estuve en el jardín con él no fué mía la culpa.

Enrique, sin comprender lo que quería decir, la miró interrogante, y ella le explicó:

—Ya sabes que el abuelo nos quiere mucho, tanto como nosotros a él, ¿verdad?

—Así es—afirmó Enrique.

—Bueno, pues el abuelo ha pensado siempre en que nosotros nos casáremos. Este ha sido para él su sueño ideal. Cuando vino a casa Mister Jarvis, advertí desde el primer momento que no le era nada de simpático y menos aún al ver que se mostraba excesivamente galante conmigo. Yo estaba disgustada contigo... ¿Por qué estuviste tanto tiempo sin escribirnos?

—Fue orden de mi jefe, que no quería que me carteara con nadie hasta que cumpliera la misión que se me iba a confiar de traer a Londres el diamante Lawson—respondió Enrique.

—Bueno, eso nos lo podrías haber dicho antes y no ahora—protestó débilmente Virginia.

—¿Y a eso se debe el que viniera aquí Mister Jarvis?—preguntó incrédulamente Enrique.

—A eso precisamente, no. Pero influyó mucho tu silencio en mi malhumor. Yo creí que ya no te acordabas de nosotros, que me habías olvidado, a pesar de lo mucho que te queríamos y pensé... «Puesto que él no se acuerda de mí, puesto que me deja, justo es que yo haga lo mismo», y creí que lo mejor era sostener ese flirt con Mister Jarvis. Pero, créeme, así y todo no podía olvidarte... ¡Te quiero tanto!... El abuelo había adivinado este sentimiento mío y procuraba excitarlo haciéndote

pasar ante mí como un chiquillo sin voluntad, incapaz de sostener mucho tiempo un mismo sentimiento, pero yo siempre protestaba de ello.

Por fin, anoche, cuando viniste, acababa de dejar yo a Mister Jarvis, y el abuelo me dijo, para despertar tus celos, que lo mejor que podía hacer era buscar a Mister Jarvis y llevarlo al jardín... Lo demás ya lo sabes tú...

—¡Ah, pues yo te prometo que me las pagará el abuelo!—exclamó amenazando cómicamente.

Virginia lo miró medio asustada y exclamó:

—¡Pues que él sólo lo hizo porque nos quiere mucho!...

—Así y todo, he de vengarme—insistió Enrique.

—¿Vengarte del abuelo?—preguntó Virginia.

—Sí. Mañana seré yo quien me encargue de vestirle y ya verás como me las paga, yo lo verás...

Los dos jóvenes se echaron a reír, pensando en la diablura que iban a hacerle al viejo, que no tenía más cariño que ellos, a aquel buen hombre tan gruñón, pero que se dejaba manejar por los dos jóvenes, como si fuera un chiquillo...

Entre tanto, Mister Bullivant, sentado en su sillón, miraba de vez en cuando a la enamorada pareja, pero en cuanto los jóvenes volvían la cara hacia él, fingía dormir y daba unos ronquidos más fuertes que nunca, a la vez interiormente se decía sonriendo:

—Bueno, esto ya es cosa hecha. Dentro de unos días tendré boda y dentro de un año biznietos... y los educaré yo, para que no sea tan testarudo como su padre,

que no quiso seguir mi consejo y dejar el diamante en la Caja, para que no se lo robaran.

Ruddock entró con las zapatillas y al ver que su amo dormía, lo llamó, moviéndolo suavemente, hasta que Mister Bullivant le dijo:

—¡Estate quieto, idiota!... ¿No ves que estoy despierto?

—¡Pero si el señor estaba roncando!—exclamó el criado.

—¿También tú dices que ronco?... ¡Pues te equivocas, yo no he roncado nunca, nunca!

—Será como dice el señor—se excusó humildemente el criado.

—¡Y tanto que lo es!... ¿Sabes lo que hacía ahora?... ¿No?... Pues yo te lo diré. Mira al halcón y dime lo que ves.

Ruddock miró hacia donde le indicaba su amo y vio que Virginia estaba en los brazos de Enrique, mientras que sus labios se unían en un beso de pasión. El viejo servidor volvió rápidamente la cabeza y le dijo en voz baja su amo:

—Son los señoritos, señor.

—Ya lo sé—respondió Mister Bullivant—. Ya verás... ya verás, que poco tardo en tener un biznieto, que me cuidará mejor que tú. Anda, ponme las zapatillas, antes que se den cuenta de que los vigilamos.

El criado se hincó de rodillas delante de su amo y al irle a poner una zapatilla rozó débilmente la planta del pie de su señor, que le gritó en voz baja:



—¿Todavía no has aprendido a ponerme las zapatillas, sin hacerme cosquillas? ¡Menos mal que dentro de poco ya habrá otro que me las ponga con más cuidado!

Ruddock miró a la pareja que estaba al balcón, comprendiendo quién era aquel que iba a sustituirle, y sonrió, a la vez que terminaba de colocar las zapatillas.

—¡Ya está!—exclamó al fin.

—Bueno, pues ahora vete. A los enamorados les estorban los testigos. Y mientras que Ruddock salía de la estancia, Mister Bullivant reclinaba suavemente la cabeza sobre el respaldo del sillón, y poco a poco sus ojos se fueron cerrando. No tardó en quedarse dormido y en sus labios quedó dibujada una sonrisa de satisfacción. Quizá en aquellos momentos, mientras que los enamorados forjaban sus castillos durados de ilusiones, en el pensamiento del viejo tomaba cuerpo aquel pensamiento y veía ante él los cabellos rubios de una preciosa criatura a quien acariciaba con igual cariño paternal que siempre había tenido para aquellos dos muchachos...

## EPÍLOGO

Enrique cumplió la delicada misión que le había sido confiada por la Compañía. El diamante Lawson había llegado a poder de su destinatario, y como premio a su gestión había obtenido un mes de vacaciones y aumento de sueldo. Mas, aun había conseguido de la Compañía ser destinado a las oficinas de Londres, para no tener que separarse del viejo Cascarrabias.

Pocos días después la vida apacible y tranquila de la quinta del viejo criminalista Mister Bullivant había cambiado por completo. Se hacían los preparativos para un gran acontecimiento. Se trataba de la boda de Enrique y de Virginia. Fueron aquellos días los de peor humor de Cascarrabias. Nada lo encontraba bien, todo le parecía que no estaba bien dispuesto para la solemnidad del acto y es que era el ansiado momento, en que Virginia y Enrique iban a unir sus vidas para siempre.

Aquel día Mister Bullivant alteró sus costumbres; se vistió como en días de solemnidad, abandonó su largo paletón y de cuando en cuando, de sus ojos se resbalaba una lágrima.

Ruddock, que en silencio le ayudaba a vestirse, le dijo:

—El señor está emocionado:

—¿Emocionado, yo?—exclamó Mister Bullivant, queriendo ocultar su sentimiento—. ¿Te crees que no he asistido a ninguna boda más que a esta?

—Ya lo sé, señor—respondió el criado con la voz velada—, pero ésta es la que más le emociona... Yo también estoy a punto de llorar.

Mister Bullivant no pudo resistir más; se entregó por completo a su criado, diciéndole:

—Llevas razón, amigo mío—era la primera vez que le llamaba «amigo»—. Los queremos demasiado; ¿verdad?

—Sí, señor—respondió el criado—. ¡Los hemos visto tan chiquitines...!

—¿Verdad que tú también los quieres mucho?

—Casi tanto como usted—exclamó el fiel servidor.

Mister Bullivant, ganado por el cariño de su viejo sirviente le echó los brazos al cuello. Ruddock lo estrechó también entre los suyos, pero Mister Bullivant se separó rápidamente, exclamando:

—¿Que me haces cosquillas, hombre!... ¿No lo ves?

Era el mismo. Importaba poco que su cariño fuera mucho, para que no cambiase de carácter... Era como siempre el viejo gruñón que había merecido el sobrenombre de Cascarrabias.

Unas horas después, en la intimidad de sus amistades se celebraba aquella boda que tanto había ansiado el viejo Bullivant.

Sus facciones, por regla general inalterables, habían adquirido una expresión distinta. Se adivinaba en él

la emoción que lo embargaba en aquel momento y cuando los dos muchachos fueron a recibir su bendición, Mister Bullivant, los abrazó fuertemente contra su pecho, a la vez que les decía:

—¡Que seáis muy felices, hijos míos!... ¡Y no me olvidéis!

—Eso nunca, abuelito—respondieron los dos jóvenes—. Ya verás cuánto te haremos rabiar los dos juntos.

El viejo Cascarrabias sonrió bondadosamente y exclamó:

—Sí, hijos míos, hacedme rabiar mucho... mucho... para que este Ruddock—y miró al criado que estaba cerca de él—vea que yo no me disgusto nunca...

Se afianzó en el brazo que le ofrecía Ruddock y mientras se dirigía al interior de la casa, suspiró tristemente diciéndole al criado:

—¡Dos vidas que empiezan a vivir sus ilusiones, Ruddock!

—¡Y otras dos que ya las han vivido!—respondió el criado señalando para ellos.

Mister Bullivant, se le quedó mirando, extrañado, y exclamó:

—¡Por fin, Ruddock, por fin, has pensado algo en tu vida!

Y lentamente se encaminó hacia su alcoba, llevando en su corazón una íntima satisfacción al ver, al fin, realizado el deseo que tanto tiempo había estado acariando...

FIN

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

EN MRS. HANNAH -- EN MRS. SEBERTA -- ARTISTAS ILUSTRACIONES

**96 páginas de texto**

PORTADA A TODO COLOR

EL ARCA DE NOÉ	George O'Brien
LA MUJER DISPUTADA	Norma Talmadge
TRAPALGAR	Corinne Griffith
LA MÁSCARA DE HIERRO (2.ª edic.)	D. Fairbanks
LAS MENTIRAS DE NINA PETROWNA	Brigitte Helm
EL LOCO CANTOR	Al Jolson
LOS PECADOS DE LOS PADRES	Emil Jannings
EL AMOR Y EL DIABLO	Meris Corda
EL DESFILÉ DEL AMOR (5.ª edic.)	M. Chevallier
LA INTRUSA	G. Swanson
RIO RITA	Bébé Daniels
RASPUTÍN	W. Gaidaroff
EL CAPITÁN DE LA GUARDIA	Laura La Plante
¡ME PERTENECES!	F. Bertini
LA FIERECILLA DOMADA	Mary-Douglas
EL GENERAL CRACK	John Barrymore
EL REY VAGABUNDO	J. Mac Donald-D. Kings

# EDICIONES BIBLIOTECA IRIS

CORAZONES ORGULLOSOS	M. de los Santos
ASTUCIAS DE AMOR	M. de los Santos
EXPENDEDURÍAS DE CARNE	A. Vidal y Planas
HUMANA	

**PRECIO DE LOS TOMOS: UNA PESETA**

Enviamos nuestros catálogos y colecciones completas, previa  
cuenta del importe en sellos de correo. Rescibimos como can-  
ción para el certificado. Franco de envío.

Biblioteca Films, Apartado 707.-Barcelona



## Tarjetas postales al Bromuro y esmaltadas

### CELEBRIDADES DEL CINEMA

Colección de 10 postales. DOS PTAS. colección

#### Serie A

Clark Bow  
Eun Carol  
Dolores del Río  
Janet Gaynor  
Marta Casajous  
Ramón Novarro  
Charles Farrell  
George O'Brien  
John Gilbert  
Charles Morton

#### Serie B

Tom Mix  
Tom Tyler  
Charles Jones  
Hoet Gilson  
Frank Thompson  
Ray Hall  
Buffalo Bill  
Fred Hunter  
Chiquita  
Chingita

#### Serie C

Greta Garbo  
Gloria Swanson  
Lillian Roth  
Vilma Banker  
Mary-Douglas  
Gudillo Valentin  
Nita Aulher  
Adelle Wenzel  
Richard Dix  
Darry Cooper

#### Serie D

Los diez más sugestivos besos  
por los artistas más simpáticos

### ESCENAS PREFERENTES

Colección de 10 postales. DOS PTAS. colección

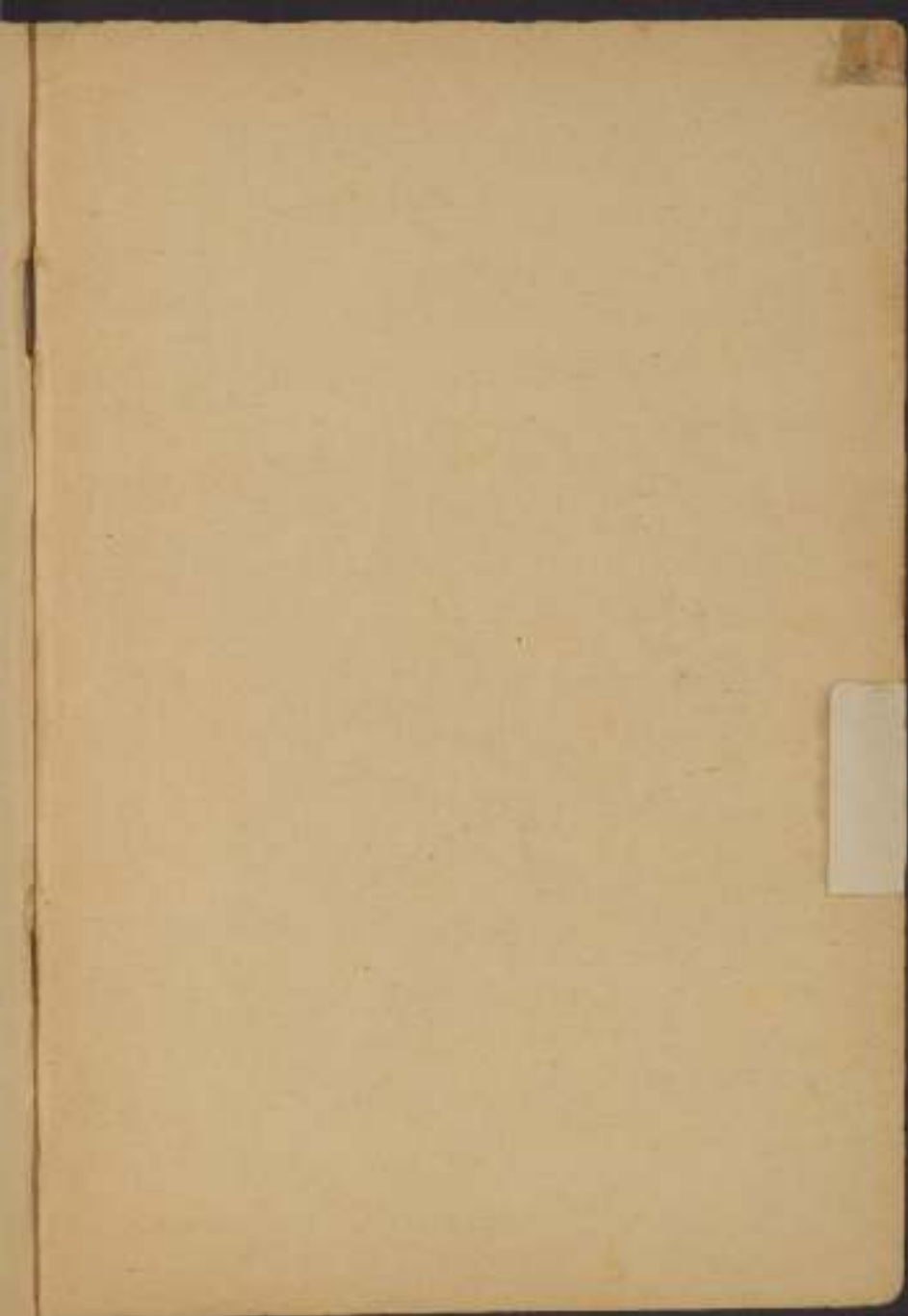
EL DESFILE DEL AMOR . M. Chevalier  
EL ARCA DE NOE . . . Dolores Costello  
LA MASCARA DE HIERRO . Douglas Fairbanks  
HEN-HUR . . . . . Ramón Novarro  
LOS CUATRO DIABLOS . Janet Gaynor

### NO SE VENDEN POSTALES SUeltas

Postales a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Se las tiene en venta en su localidad, pídaselas por correo,  
remitiendo en importe en sellos de correo, y sinó enviarnos  
para el envío.



UNA peseta